

soldados

cuadernillo para docentes



Propuestas de lectura y actividades para trabajar
con el libro de poemas ***Soldados***, de Gustavo Caso Rosendi.



Presidenta de la Nación
Dra. Cristina Fernández de Kirchner

Ministro de Educación de la Nación
Lic. Juan Carlos Tedesco

Secretario de Educación
Prof. Alberto Sileoni

Subsecretaria de Equidad y Calidad
Prof. María Inés Abrile de Vollmer

**Directora de Gestión Curricular
y Formación Docente**
Lic. Marisa Díaz

Director Nacional de Políticas Socioeducativas
Lic. Jaime Perczyk

Programa Educación y Memoria
Coordinadores
Federico Lorenz y Ma. Celeste Adamoli

**Plan Lectura. Programa Educativo Nacional
para el Mejoramiento de la Lectura**
Directora Margarita Eggers Lan

Este cuadernillo fue elaborado para acompañar la lectura de *Soldados*,
de Gustavo Caso Rosendi, editado por el Ministerio de Educación.



Programa Educación y Memoria

Coordinadores: Federico Lorenz y María Celeste Adamoli

Equipo: Matías Fariás, Cecilia Flachsland, Pablo Luzuriaga, Violeta Rosemberg, Edgardo Vannucchi

E-mail: educacionymemoria@me.gov.ar



Plan LECTURA

Programa Educativo Nacional para el Mejoramiento de la Lectura

Directora: Margarita Eggers Lan

Equipo: Graciela Bialet, Natalia Porta, Alicia Dieguez, Silvia Contin, Elba R. Amado, Mercedes Pérez Sabbi

E-mail: consultas-planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

Producción de este volumen

Programa Educación y Memoria:

Cecilia Flachsland, Federico Lorenz, Violeta Rosemberg, Edgardo Vannucchi

Área de Lengua, DNGCyFD:

Beatriz Masine y Marina Cortés

Plan LECTURA

Programa Educativo Nacional para el Mejoramiento de la Lectura

Graciela Bialet y Margarita Eggers Lan

Coordinación editorial de este volumen: Cecilia Flachsland, Graciela Bialet y Margarita Eggers Lan

Coordinación diseño de este volumen: Paula Salvatierra

Corrección: Silvia Pazos

Diseño Gráfico: Micaela Bueno, Juan Salvador de Tullio, Mariana Monteserin

Contacto con el autor: gustavocasorosendi@yahoo.com.ar

Ministerio de Educación de la Nación

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

soldados

cuadernillo para docentes

PROGRAMA EDUCACIÓN Y MEMORIA

El Programa "Educación y Memoria" del Ministerio de Educación tiene como objetivo consolidar una política educativa que promueva la enseñanza de la historia reciente mediante la elaboración y puesta a disposición de materiales y acciones de capacitación docente a nivel nacional. Inscribire sus acciones en el marco general de la Ley Nacional de Educación N° 26.206 que en su artículo 3° señala: "La educación es una prioridad nacional y se constituye como política de Estado para construir una sociedad justa, reafirmar la soberanía e identidad nacional, profundizar el ejercicio de la ciudadanía democrática, respetar los derechos humanos y libertades fundamentales y fortalecer el desarrollo económico-social de la Nación".

En particular, en consonancia con el artículo 92 de la misma ley, se proponen recursos para la efectiva inclusión de los contenidos curriculares mínimos comunes a todas las jurisdicciones, tales como la construcción de una identidad nacional desde la perspectiva regional latinoamericana (particularmente la región Mercosur); la causa de la recuperación de Malvinas; y el ejercicio y la construcción de la memoria colectiva de la historia reciente. Estas acciones tienen por objetivo "generar en los/as alumnos/as reflexiones y sentimientos democráticos y de defensa del Estado de Derecho y la plena vigencia de los Derechos Humanos".

La promoción de la enseñanza del pasado reciente se sostiene en la idea de que los derechos humanos son conquistas sociales, resultado de acciones humanas y, en consecuencia, al transmitirlo se refuerzan las nociones de responsabilidad, participación e inclusión. Desde la educación -entendida como una puesta a disposición del pasado en diálogo permanente con el presente y el futuro- es posible invitar a las y los jóvenes a reflexionar, debatir, abrir nuevas preguntas y bus-

car nuevas respuestas para poder posicionarse frente a sus realidades. En este sentido, la enseñanza del pasado reciente constituye un aporte fundamental para la construcción de una Nación justa, equitativa, económica y socialmente desarrollada, y habitada por ciudadanos activos cuya responsabilidad se alimenta también a partir de reconocerse como partícipes de un pasado común.

Es en este marco que la publicación de **Soldados**, el libro de Gustavo Caso Rosendi, acompañado por este cuadernillo, pretende facilitar y acompañar el ejercicio docente en la compleja tarea de la enseñanza de Malvinas. La elección de un libro de poemas escrito, además, por un ex combatiente, invita a una experiencia de lectura que amplía el campo cultural habilitando cruces con otros poemas, cuentos, novelas y películas. Asimismo, la palabra poética expande el campo posible de los sentidos históricos y políticos asociados a Malvinas. Proponemos entregarse a esa experiencia y a partir de allí reflexionar acerca de la causa Malvinas y la guerra de 1982: el contexto del terrorismo de Estado, la vida en las trincheras, el compañerismo, las nociones de Patria y su tratamiento escolar, el lugar de las islas en el imaginario nacional, el lugar histórico de los jóvenes, la posguerra, la memoria.

Esperamos que encuentren en estas páginas la invitación a pensar juntos, a debatir, a enseñar y a transitar el camino para apropiarse de la historia en tiempo presente a fin de imaginar futuros posibles.

INTRODUCCIÓN

Soldados, un Martín Fierro de los años ochenta

En 1872, comenzó a aparecer por entregas el ***Martín Fierro***, escrito por José Hernández, que con el paso del tiempo se transformó en poema nacional. Allí se contaban las peripecias del gaucho Fierro, y entre ellas ocupaban un lugar destacado sus experiencias como soldado en la frontera con el indígena, un catálogo de situaciones penosas, de monótonas esperas matizadas por combates, arbitrariedades y postergaciones. Con el paso del tiempo, las duras condiciones de vida del soldado Fierro fueron desdibujadas por el halo romántico de su figura.

Ciento diez años más tarde, Gustavo Caso Rosendi, el autor de ***Soldados***, fue enviado a Malvinas, donde afrontó la cotidianidad de la vida y la muerte. Tiempo después, pudo transformar sus vivencias en arte: los poemas que hoy el Ministerio de Educación se honra en editar y poner a disposición de docentes, alumnas y alumnos de todo el país.

De las manos y las patas
me ataron cuatro cinchones,
les aguanté los tirones
sin que ni un ¡ay! se me oyera,
y al gringo la noche entera
Lo harté con mis maldiciones.

José Hernández, ***El gaucho Martín Fierro***.

El fragmento, en el que Hernández describe un estaqueamiento, lo podría haber escrito –y lo escribe– Gustavo Caso Rosendi. En ambos poemas el gran tema es el de la guerra, y el de las relaciones entre el Estado y sus ciudadanos. La guerra,

situación extrema por definición, combatida, además, por soldados conscriptos, jóvenes ciudadanos cumpliendo con el servicio militar obligatorio, o dados de baja y vueltos a convocar ante la amenaza, finalmente materializada, de la guerra con Gran Bretaña. Sin embargo, lo que en el ***Martín Fierro*** con el tiempo se transformó en un hecho folclórico, hierde, duele y genera controversia cuando se habla de Malvinas, tan reciente y disputada. Hay sectores que no aceptan discusiones en torno a la guerra, pero entendemos que la mejor forma de sentir algo como propio es apasionarse por ello, discutirlo, revisarlo, mejorarlo y transmitirlo.

De allí el valor de ofrecer ***Soldados*** para que sea leído y debatido en las escuelas. Porque se trata de un libro de poemas acerca de la guerra. Sobre la experiencia de los jóvenes que viven la guerra. Y en particular, son poemas escritos por un protagonista del único conflicto bélico librado por la Argentina en el siglo XX. La vida cotidiana en las posiciones, las amistades forjadas ante la inminencia de la muerte, las escaseces y arbitrariedades, las decisiones trascendentales y la risa posible aun en esas condiciones, el impacto de un paisaje agreste e inhóspito, bello pero transformado en agresivo por la guerra, como cuando los *Sea Harrier* descargan sus bombas desde el cielo, o las gaviotas ensangrentadas se mezclan con un *Pucará* estrellado.

Hijo de la educación pública, Caso Rosendi dedica algunos de sus poemas a la escuela, a la maestra que le habló de las Malvinas y la Patria, e imagina su reacción ante lo que está viviendo. Los poemas muestran una patria desgarrada y controvertida pero no abandonada como idea de comunidad, una patria herida y chamuscada que recibe a sus hijos. Traza puentes con quienes durante la guerra enviaron sus cartas y encomiendas desde las escuelas, los que acompañaron una guerra que terminó el 14 de junio de 1982 pero solo en los papeles y para la cronología, porque pasó a poblar la vida y los sueños de sus sobrevivientes.

Por eso, sin duda, los protagonistas centrales de sus poemas son los jóvenes, la muerte que los tuvo como protagonistas en el desolador último cuarto del siglo XX argentino. La muerte que los tomó durante la guerra y marcó para siempre sus afectos (su novia, sus padres, su tío, un almacenero, sus amigos, el barrio), como en el poema dedicado a Pedro Vojkovic; o que los acompañó en la posguerra hasta volverse insoportable, como en el caso de Jorge Mártire, ex combatiente que se suicidó en la década del noventa.

En los poemas de **Soldados** encontramos al joven que transitó la salida de la dictadura con una guerra a costas, cambiado para siempre y herido a pesar de haber sobrevivido. Hay una sabiduría en sus versos, aunque él no la pretenda ni la pregone, marcada también por una década en la que la esperanza de reconstrucción nacional, con la salida de la dictadura, fue tan grande como breve.

Estos poemas son poemas para ser leídos en voz alta en las escuelas, pero también para estimular la introspección, la reflexión sobre las responsabilidades sociales pasadas y futuras. El Ministerio de Educación quiere de este modo dignificar a quienes -formados por la escuela pública- marcharon a combatir, y comenzar así a saldar una deuda histórica, aquella del reencuentro entre los sobrevivientes y su pueblo, negado por el poder autoritario y dificultado luego por un país siempre demasiado urgente.

Somos conscientes de que es un libro excepcional por su calidad y su perspectiva de análisis. Y también de que es un libro escrito por un soldado, porque Gustavo Caso Rosendi formó parte del grueso de aquellos que marcharon a combatir como conscriptos. Su doble condición de poeta y soldado nos permite acercarnos a la comprensión del universo de lo que ellos, allí y en nuestro nombre, vivieron.

Otros conscriptos no sabían leer o escribir, ni pudieron seguir estudiando después, ni encontraron los medios para expresar ese sentimiento atragantado que fue y es Malvinas. Basta enumerar algunas de las localidades que perdieron hijos en Malvinas para entender la profundidad y el alcance nacional de esta cuestión: Colonia Elisa, Hersilia, El Malacara, Paso Aguerre, Chicligasta, El Dorado, Abra Pampa, San Andrés de Giles, Hernando, Oberá, son solo algunos de los nombres de dispersas geografías de la Argentina, atravesadas por el compromiso con ideas de patria y comunidad aprendidas en la escuela, y puestas a prueba en los cerros de Malvinas.

Soldados es también para todos ellos. Para que las chicas y los chicos que van hoy a nuestras escuelas sepan de Malvinas, sepan del sacrificio y de las vidas que los soldados tuvieron allí. Los habitantes de un país son, en parte, aquello que eligen recordar. Este libro se propone contribuir a esa tarea.

Programa Educación y Memoria

PROPUESTAS DE LECTURA

*Hablamos porque algo nos apremia...
Se escribe para conquistar la derrota sufrida
siempre que hemos hablado largamente...
Salvar a las palabras de su momentaneidad, de su ser transitorio
y conducir las en nuestra reconciliación hacia lo perdurable,
es el oficio del que escribe.*

*El escritor... quiere decir el secreto;
lo que no puede decirse con la voz por ser demasiada verdad;
y las grandes verdades no suelen decirse hablando.*

María Zambrano

La poesía, parece decirnos María Zambrano, en su ardiente balbuceo nos deja asomar a los bordes, a lo extremo de la experiencia humana, a *conquistar la derrota sufrida... a decir el secreto*.

Tal vez estas sean las razones por las que Gustavo Caso Rosendi eligió el lenguaje poético para hablar de una experiencia vital –tan individual como histórica– intransferible. Seguramente confiando en que la buena poesía tiene la virtud de producir en el lector una experiencia también intransferible y que, en ocasiones, por su intensidad, permite modificar la percepción de los detalles significativos de la vida.

En esta línea de una cierta y especial comunicación entre autor y lector; en esta línea de la especial significatividad que cobra la lectura compartida en las aulas proponemos una serie de acciones para que en la escuela se produzca una práctica de lectura que habilite las voces de alumnos, alumnas y docentes, y que permita romper juntos el silencio.

En el capítulo I, *Redes históricas y para la memoria*, ponemos a disposición una serie de materiales que pueden contribuir a contextualizar la guerra, comprender la causa Malvinas y orientar la lectura de los poemas en función de algunos ejes problemáticos. A saber: Malvinas en el contexto del terrorismo de Estado; la experiencia de la guerra y la posguerra; la escuela y la idea de Nación; el lugar de los jóvenes en la cultura argentina, las memorias de la guerra.

En el capítulo II, *Redes literarias*, los poemas se enlazan con otros textos –poemas, cuentos, novelas y películas– que realzan su vitalidad. Se insiste, desde un principio, en proponer una metodología de trabajo en la que la producción conjunta de sentidos sea el verdadero objetivo del acto de leer. Se trata de un espacio donde el diálogo circula y estimula las asociaciones que vibran en cada uno mientras se lee. Esas son, sucintamente, las posibilidades que brinda el trabajo en taller, en este caso con un libro de poemas.

En la tercera parte se incluye una entrevista con el autor sobre su vida escolar, su formación como lector, su paso por el servicio militar obligatorio, su experiencia de guerra, sus vivencias de la posguerra y su vinculación con la palabra poética.

I. REDES HISTÓRICAS Y PARA LA MEMORIA

Explicar un poema puede ser casi tan absurdo como explicar un chiste. El sentido de la poesía está en la propia experiencia de lectura, en cómo se vivencien las palabras, su sonoridad, los silencios. Sin embargo, sabemos que esa experiencia puede ser enriquecida si el docente ofrece elementos históricos y culturales que amplíen el campo de esa lectura. Más aún cuando esos poemas hablan acerca de la única guerra que la Argentina libró en el siglo XX y que constituye uno de los episodios más controvertidos y difíciles de abordar de nuestra historia reciente.

El conflicto bélico ha dejado una huella importante en la experiencia colectiva de las argentinas y los argentinos. Su complejidad obedece a distintos motivos. Por un lado, fue producto de la decisión de un gobierno de facto que venía implementando desde 1976 una política de terrorismo de Estado. Por otro lado, fue apoyado por buena parte de la sociedad, incluso por grupos opositores al gobierno militar. Y al mismo tiempo, se trata de una reivindicación justa que hunde sus raíces en la historia del pensamiento argentino, ya que el reclamo de la soberanía argentina en Malvinas es de larga data.

Al elegir el lenguaje poético, Rosendi abre un nuevo matiz para contar la experiencia límite de la guerra y referirse a la causa Malvinas, diferente al que puede encontrarse en los libros testimoniales, históricos, documentales y ficcionales. Es evidente que para escribir *Soldados* recurrió a su propia memoria y a sus conocimientos sobre las islas, ya que en las páginas del libro hay muchas referencias precisas a nombres, lugares y fechas: Vojkovik, Aguilera, Sea Harrier, Goose Green... Los poemas pueden leerse sin conocer esas referencias, pero sabiendo de qué hablan, el sentido se ahonda: el dolor toma cuerpo; la historia, carnadura; y la transmisión se abre en una multiplicidad de interpretaciones. De este modo, la experiencia poética amplía aún más el campo de lo posible.

MALVINAS Y LA DICTADURA

Abordar la vinculación entre la guerra de Malvinas y la última dictadura militar sigue siendo una cuestión tan incómoda como necesaria. Por un lado, el vínculo parece estar perdido en los agujeros de la memoria de vastos sectores de nuestra sociedad. Se aborda Malvinas desde las nociones de "gesta patriótica" o "causa de unidad nacional", pero se borran el anclaje histórico concreto y la noción de conflicto interno.

Estos extravíos, asimismo, suelen evidenciarse en las prácticas conmemorativas. Por un lado, el acto recordatorio se escinde de la situación histórica que motivó la guerra con Gran Bretaña y se concentra en la reivindicación de la soberanía de las islas sin aludir al terrorismo de Estado. Y, por otro lado, aunque a la inversa, ocurre lo mismo, el ejercicio de memoria respecto al golpe de Estado de 1976 suele excluir, por su incomodidad, a la cuestión Malvinas.

La relación reduccionista con el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional cobra distintas formas. Puede ser vista como "vergonzante" y entonces toda alusión a Malvinas conlleva implícitamente la reivindicación de la dictadura. O se la puede pensar como "unicausal", enfatizando la necesidad política de la Junta militar de crear consenso. O se la puede tematizar ridiculizando la situación, diciendo que fue "una locura del general borracho". En todas estas formas se obtura cualquier posibilidad de pensar Malvinas en un contexto más amplio que permita indagar las tensiones, significados y sentidos que fueron constituyéndose en distintos momentos de nuestra historia, en torno a las islas como metáfora del destino nacional.

Malvinas, en cierto imaginario, remite a Galtieri y su arenga patrioteria ("*Si quieren venir que vengan...*") pero también puede recordar a "las Plazas de Mayo": la del 30 de marzo convocada por la CGT (Confederación General del Trabajo) para pedir "pan y trabajo" que fue reprimida, o la plaza colmada de triunfalismo

del 2 de abril. Asimismo, Malvinas puede recordar a las tapas de **Gente** y su "*Seguimos ganando*" pero también a los jóvenes estaqueados en las islas; a "*Las Malvinas son argentinas*" como a "*los desaparecidos también*"; a las destrezas de nuestros pilotos como a "los vuelos de la muerte"; a las ideas de Patria, Pueblo, Nación tantas veces estudiadas en la escuela; a "Tras su manto de neblinas, no las hemos de olvidar" como a la indiferencia ante los suicidios de los ex combatientes...

El derrotero que implica pasar "de la causa justa" a la "guerra absurda" –tal como señala el título de un libro de la antropóloga Rosana Guber– parece sintetizar y condensar la mutación, el desplazamiento interpretativo ocurrido en la consideración social que viró de la euforia y el orgullo por la "recuperación" a la vergüenza, la indiferencia, y en gran medida el olvido, a partir de la rendición/derrota.

Reflexionando sobre la historia reciente de nuestro país, Héctor Schmucler plantea que "se ha sostenido sobre dos intenciones de olvido, sobre dos silencios: los desaparecidos durante la década de 1970 y la derrota en la guerra de las Malvinas. Desaparecidos y derrota: dos exclusiones, dos olvidos".

En ese sentido, las FF.AA. argentinas desempeñaron un papel fundamental en las formas de instalar el olvido e intentar la negación de lo que había ocurrido en el Atlántico Sur: luego de la derrota no solo se pretendió ocultar a aquellos que hubieran vuelto con vida del campo de batalla, sino que se les prohibió hablar del tema con sus respectivas familias.

La decisión de pretender borrar las huellas de la guerra operando coercitivamente sobre los ex combatientes no hacía más que remitir a la estrategia disciplinadora y de ocultamiento, aplicada por la dictadura en forma sistemática desde el aparato estatal a partir de 1976.

El proceso denominado "desmalvinización" había comenzado hacia el interior de las propias fuerzas represiva, al silenciar la voz de los sobrevivientes de la guerra.

Los poemas de Gustavo Caso Rosendi emergen como huella de una experiencia intransferible. Nos permiten recuperar y poner en circulación la voz de sobrevivientes, en este caso, desde otro lugar de enunciación: la poesía.

Consideramos que a través de algunos de sus textos, además de disfrutarlos como tales, es posible seguir pensando e interrogándonos acerca de la cuestión Malvinas y todo lo que de incómodo sigue generando su nombre.

Para ello hemos seleccionado algunos poemas que permiten abordar el eje analizado y en algunos casos hemos propuesto cruzarlo con la entrevista al autor:

– El poema *Gurkas* plantea de manera explícita y contundente la relación entre el terrorismo de Estado y la experiencia en Malvinas. (*Nota*: se sugiere trabajar previamente el concepto de terrorismo de Estado). ¿En qué pasaje se identifica y se reconoce esa relación? ¿De qué manera se establece esa relación? Proponemos que los estudiantes investiguen cuáles fueron algunas de las metodologías represivas utilizadas por la dictadura militar. (Pueden consultarse testimonios en el **Nunca Más**).

- El poema se titula *Gurkas*: ¿a qué alude ese nombre?
- El poema plantea la tensión entre dos supuestos temores: ¿a qué y a quiénes se les teme? ¿Quiénes fueron en Malvinas los portadores de ese miedo? ¿Por qué?

– Se puede leer el tramo de la entrevista donde el autor narra su paso por el servicio militar obligatorio, para analizar los temores que tenían los conscriptos. ¿Cómo recuerda Caso Rosendi su paso por el servicio militar obligatorio? ¿Qué dice acerca del modo en que las Fuerzas Armadas reproducían las estructuras clasistas de la sociedad?

– En muchos de los poemas aparecen nombres de personas y de lugares que tienen relación con el contexto del terrorismo de Estado y con la guerra de

Malvinas. Una propuesta posible es confeccionar un listado de esos nombres "desconocidos" y hacer un glosario.

- El poema *Malentendido fashion* está dedicado a la revista **Gente**: puede proponérsele al alumnado que, a partir de ese disparador, investiguen cuál fue el papel de los medios de comunicación durante el período dictatorial. Sugerimos para ello algunas preguntas:

- ¿Cuál era la situación de los medios de comunicación durante la dictadura?
- ¿De qué manera funcionaba la censura? Algunos medios ¿desafiaban la censura? ¿Cuáles? ¿De qué forma? ¿Qué consecuencias podía implicar ese desafío?
- ¿Qué posición adoptó la revista **Gente** respecto a la dictadura en general y durante la guerra de Malvinas en particular?
- Luego de investigar este tema, se puede retomar el poema para pensar y responder por qué el autor decidió dedicárselo a *Gente*. ¿Cómo debemos interpretar esa dedicatoria?

LOS LIBROS DURANTE LA DICTADURA

El escritor Mempo Giardinelli dice que los libros y la lectura también deben entenderse como "desaparecidos" en la Argentina del terrorismo de Estado. El proyecto dictatorial puso especial énfasis en ese despojo, porque un pueblo sin palabras es un pueblo de fácil sumisión.

La literatura, a diferencia de la ciencia que se supera a sí misma constantemente, permanece y revive el tiempo echando un manto de palabras a la memoria colectiva, la emocional y la estética. La literatura, operando con ideas de la realidad, resignifica vivencias, esencias, puntos de vista sensibles, y recupera

desde la ficción -como bien explican los formalistas rusos- las huellas del contexto histórico y social del que da cuenta dejando marcas precisas y legibles a través del tiempo.

Por eso, muchos autores desde sus literaturas han reflejado con asombrosa vehemencia poética las realidades del pueblo. Por eso, varios de ellos fueron "desaparecidos" durante la dictadura militar argentina. Por eso, se quemaron libros aquí y en otros procesos dictatoriales del mundo.

La lectura de **Soldados** permite tejer redes con la memoria de las obras y los autores desaparecidos, subestimados, olvidados o excluidos del canon legitimado por distintos estamentos de la literatura argentina y latinoamericana.

Para recordar aquellos libros y autores que fueron víctimas del terrorismo de Estado elegimos un poema de Paco Urondo, escrito desde la cárcel de Devoto en 1973. Urondo era un militante político y, a la vez, un poeta de primera línea. En la actualidad es un autor revalorizado no solo por el contenido de sus textos sino también por su estética, un poeta que entendemos puede contribuir a despertar en los jóvenes lectores articulaciones de sentido con el libro **Soldados**.

Si el terrorismo de Estado hizo desaparecer ciertos libros y, en algunos casos, también a sus autores con la intencionalidad de borrar las huellas de su palabra en la memoria social, nos proponemos traer este poema e incluirlo en este cuadernillo para reestablecer el puente que la dictadura rompió: un puente que une a Urondo con Caso Rosendi y a ambos con las nuevas generaciones, donde seguramente estarán creciendo nuevos poetas.

LA VERDAD ES LA ÚNICA REALIDAD

Del otro lado de la reja está la realidad, de
este lado de la reja también está
la realidad; la única irreal
es la reja; la libertad es real aunque no se sabe bien
si pertenece al mundo de los vivos, al
mundo de los muertos, al mundo de las
fantasías o al mundo de la vigilia, al de la explotación o
de la producción.
Los sueños, sueños son; los recuerdos, aquel
cuerpo, ese vaso de vino, el amor y
las flaquezas del amor, por supuesto, forman
parte de la realidad; un disparo en
la noche, en la frente de estos hermanos, de estos hijos, aquellos
gritos irreales de dolor real de los torturados en
el angelus eterno y siniestro en una brigada de policía
cualquiera
son parte de la memoria, no suponen necesariamente
el presente, pero pertenecen a la realidad. La única aparente
es la reja cuadriculando el cielo, el canto
perdido de un preso, ladrón o combatiente, la voz
fusilada, resucitada al tercer día en un vuelo inmenso
cubriendo la Patagonia
porque las masacres, las redenciones, pertenecen a la realidad, como
la esperanza rescatada de la pólvora, de la inocencia

estival: son la realidad, como el coraje y la convalecencia
del miedo, ese aire que se resiste a volver después del peligro
como los designios de todo un pueblo que marcha
hacia la victoria
o hacia la muerte, que tropieza, que aprende a defenderse,
a rescatar lo suyo, su
realidad.

Aunque parezca a veces una mentira, la única
mentira no es siquiera la traición, es
simplemente una reja que no pertenece a la realidad.

Cárcel de Villa Devoto, abril de 1973

*Francisco Paco Urondo nació en Santa Fe en 1930. Poeta, periodista, académico y militante político. En 1968 fue nombrado Director de Cultura de la provincia de Santa Fe, y en 1973, del Departamento de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Como periodista colaboró en diversos medios del país y del extranjero, entre ellos, La Opinión y Noticias. Algunas de sus obras: **Larga distancia** (poesía), **Todo eso** (cuentos), **Los pasos previos** (novela). También escribió teatro, ensayos y guiones cinematográficos. Murió en Buenos Aires enfrentando a la genocida dictadura militar, en junio de 1976. Este texto fue publicado en la antología **Leer x Leer** editado por este Ministerio de Educación e impreso por Eudeba. Extraído de **Poemas de Batalla**, Buenos Aires, Seix Barral, 1998.¹*

¹ El poema, con estas notas y comentarios está publicado en el Tomo 5 de la Colección Leer X Leer, producida por la Fundación Mempo Giardinelli para el Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación, y editada por Eudeba, 2004, Buenos Aires. Libros de distribución gratuita que fueron entregados en escuelas secundarias de todo el país.

LA EXPERIENCIA DE LA GUERRA Y LA POSGUERRA²

Para poder transmitir una experiencia hay que recurrir a la narración. No hay experiencia sin la posibilidad de contársela a otros. La experiencia de guerra, al ser excepcional, exige, a su vez, un tipo particular de narración. No siempre las palabras tienen la vitalidad suficiente para transmitir la experiencia límite de la guerra. Los poemas de Gustavo Caso Rosendi encuentran esas palabras porque, lejos de pretender informar certeramente, asumen la fragilidad del lenguaje y saben que, como decía Samuel Becket, "aunque nada se pueda decir, es necesario seguir hablando".

Hemos dicho que la experiencia de guerra es excepcional porque pone a los hombres en la disyuntiva de tener que resolver permanentemente situaciones límites, decisorias, de vida y muerte. Los hombres en guerra son individuos que participan de la posibilidad de "matar legalmente". Están respaldados por todo un aparato ideológico, jurídico y cultural que crea las condiciones para que esas muertes sean posibles, sin las habituales sanciones de tiempos de paz (lo que no quita los planteos morales individuales ante esa realidad). De ahí que la mayoría de los soldados insistan con el argumento de la "integridad moral personal", atribuyendo a las circunstancias de la guerra las muertes que eventualmente produjeron.

Restaurada la paz –y desaparecidas las justificaciones para matar–, existe en la sociedad civil un deseo de exonerarlos de esa "culpa" con diversas explicaciones. Pero esto, que aparece como una preocupación en numerosos relatos "civiles", no necesariamente lo es en las evocaciones de los actores de la guerra. La situación de batalla hace que, en una numerosa cantidad de ocasiones, la cuestión de haber dado muerte a otro no aparezca como la más urgente en los testimonios.

Otra característica de las experiencias de guerra es que muchas veces las narraciones acerca de las difíciles circunstancias vividas toma la forma de un relato de "coraje y resistencia", de supervivencia exitosa. Aun en las condiciones más extremas, es posible encontrar evocaciones de hechos como la camaradería, la solidaridad y el respeto por el adversario y una valoración positiva de esas experiencias límites. Más aún, y en contraste con los relatos "exonerantes", las memorias de guerra en muchos casos no son antibélicas. Es muy importante tener este elemento en cuenta a la hora de analizar las memorias de la guerra de Malvinas, en tanto hasta ahora hemos encontrado que el lugar en el que los discursos públicos colocaron a los jóvenes ex soldados eludía la evocación heroica o una valoración positiva de semejantes experiencias.

Muchos veteranos de guerra tienen una muy alta conciencia de ser agentes sociales. La permanente apelación al "Yo estuve ahí, yo puedo contarlo" es una marca discursiva de una situación mucho más profunda: los ex-soldados, aun cuando reproducen discursos que tienden a pasivizarlos, no se ven a sí mismos como víctimas, sino como protagonistas activos de su experiencia.

Las evocaciones nunca son totalmente "historias de víctimas [porque] ningún hombre con un arma en la mano puede ser enteramente una víctima [...] Cada narrador se cree a sí mismo, hasta algún punto, un agente en su guerra personal, y los agentes no son víctimas. La visión de la víctima es una reacción posterior a la guerra de personas que no estuvieron allí, comprensible y humana, pero equivocada [...] El hombre en la escena probablemente responda a la violencia inimaginable y la muerte que contempla no con horror, sino con asombro", escribe Samuel Hynes.

Los poemas de Caso Rosendi están marcados de principio a fin por la experiencia y la elaboración de la guerra y la posguerra: no hay allí pasividad sino una voz personalísima que asume la identidad colectiva de los "Soldados", una voz

2 Para la elaboración de este tramo se adaptó un fragmento de Federico Lorenz, *Las guerras por Malvinas*, Buenos Aires, Edhasa, 2006, capítulo 9.

que intuye que, en medio de la situación límite, la trinchera que fue cavada como si fuera la propia tumba se puede convertir en "un buen hogar, después de todo". Es una voz grave y conmovedora que, en otros tramos, toma distancia y habla de los temas más dolorosos con parquedad, alejada del sentimentalismo por miedo a caer en la banalidad. Y que no teme, incluso, recurrir al humor para hablar de aquello que no se deja decir con facilidad; así lo hace en los poemas *Costumbre*, *Momento* y *Una receta para el gato Dumas*.

- Para pensar la experiencia de guerra se puede invitar a alumnos y alumnas a rastrear en los poemas algunas de las características descriptas: la relación con la muerte; las situaciones de coraje y resistencia; el compañerismo. ¿En qué poemas aparecen estas marcas? ¿Qué tono elige Rosendi para hablar de su experiencia (gravedad, distancia, humor)? ¿Por qué va cambiando el tono? ¿Cómo son los remates de los poemas, qué efecto se propone generar con la última estrofa? ¿Hay rastros del proceso de victimización al que fueron sometidos los llamados "chicos de la guerra"?

- Para completar este análisis se puede recuperar el tramo de la entrevista donde el autor cuenta cómo era la vida en las trincheras y la relación con sus compañeros. Sugerimos trabajar, especialmente, en base a la anécdota donde Rosendi cuenta cómo reaccionó frente a un compañero que se negaba a ocupar su lugar en la guardia para seguir durmiendo.

- Para transmitir una experiencia, hemos dicho, hay que recurrir a la narración. Los estudiantes pueden realizar una comparación entre la forma narrativa que la voz de Caso Rosendi tiene en la entrevista y el tono que adquiere en los poemas. Sugerimos detenerse en la pregunta "¿En qué lugar estuviste de Malvinas?" y comparar el relato contenido en la respuesta con los poemas *Monte*

Longdon y con el que comienza diciendo "¡Fiiiiirrrmes!/ grita el soldado".

¿Qué diferencias encuentran entre el testimonio que brinda en la entrevista y la palabra poética? ¿Parece la misma persona la que habla? ¿Qué palabras se usan en uno y otro caso, para mencionar el maltrato de los jefes militares? ¿Cuál de las dos formas de expresión te parece más eficaz para transmitir una experiencia traumática como la guerra?

¿Por qué en el poema *Monte Longdon* se utiliza la imagen del corso? ¿Por qué se recurre a la frase "siga el baile" de la canción de Alberto Castillo? ¿Qué relación se puede establecer entre la pregunta "¿Qué quieren de mí estos tagarnas?" que se hace el teniente del poema ¡Fiiiiirrrmes! y las últimas frases del tramo de la entrevista, donde dice: "Me acuerdo de que el subteniente que nos mandaba al muere, nos decía 'Yo tengo hijos'. Lo repetía y lloraba. Entonces, le contestábamos: '¿Y nosotros? ¿qué mierda somos?'".

- Los conceptos de "amistad" y "enemistad" atraviesan la experiencia de guerra. Para trabajar sobre estas ideas proponemos cruzar el poema *Tregua* de Caso Rosendi con *Los enemigos* de Pablo Neruda. Se pueden analizar con los estudiantes las diferencias entre uno y otro: ¿Para quién pide castigo Neruda? ¿Para quién podría pedirlo Caso Rosendi? ¿Quién es el enemigo en el poema de Neruda y quién lo es en el poema de Caso Rosendi? ¿Quiénes son los amigos para unos y otros? Otra posibilidad es analizar las frases finales de cada uno de los poemas y contraponer la certeza enunciativa de Neruda con la ironía de Caso Rosendi.

LOS ENEMIGOS

Ellos aquí trajeron los fusiles repletos
de pólvora, ellos mandaron el acerbo exterminio,
ellos aquí encontraron un pueblo que cantaba,
un pueblo por deber y por amor reunido,
y la delgada niña cayó con su bandera,
y el joven sonriente rodó a su lado herido,
y el estupor del pueblo vio caer a los muertos
con furia y con dolor.

Entonces, en el sitio
donde cayeron los asesinados,
bajaron las banderas a empaparse de sangre
para alzarse de nuevo frente a los asesinos.
Por estos muertos, nuestros muertos,
pido castigo.

Para los que de sangre salpicaron la patria,
pido castigo.

Para el verdugo que mandó esta muerte
pido castigo.

Para el traidor que ascendió sobre el crimen,
pido castigo.

Para el que dio la orden de agonía,
pido castigo.

Para los que defendieron ese crimen,
pido castigo.

No quiero que me den la mano
empapada con nuestra sangre.

Pido castigo.

No los quiero Embajadores,
tampoco en su casa tranquilos,
los quiero ver aquí juzgados,
en esta plaza, en este sitio.

Quiero castigo.

● Hemos dicho en este tramo que la muerte –la posibilidad de morir y de matar– es central en la experiencia de guerra. Proponemos establecer un cruce entre el poema *No te salves*³ de Mario Benedetti, el poema *Con los ojos bien abiertos* de Caso Rosendi y algunos tramos de la entrevista. Con estos tres materiales sugerimos organizar a los estudiantes en dos grupos, que uno “defienda” y el otro “rechace” el concepto que se desprende de la frase “*Cuando uno está por matar es cuando más quiere la vida*”, del poema de Caso Rosendi.

Mario Benedetti

Nació el 14 de septiembre de 1920 en Uruguay, y es uno de los poetas más leídos de la lengua española. Sus poemas han circulado por todo el mundo en forma de canciones, afiches, tarjetas y hasta él mismo los ha recitado junto a grandes músicos, como Joan Manuel Serrat y Daniel Viglietti. Murió el 17 de mayo de 2009.

Entre sus muchas obras se encuentran: ***Andamios, La Borra del café e Inventario Tres.***

3 Benedetti, Mario. *Inventario Uno. Poesía completa* (1950–1985). Editorial Nueva Imagen. 1992. Buenos Aires.

NO TE SALVES

No te quedes inmóvil
al borde del camino
No congeles el júbilo
no quieras con desgana
No te salves ahora
ni nunca
No te salves
No te llenes de calma
No reserves del mundo
sólo un rincón tranquilo
No dejes caer los párpados
pesados como juicios
No te quedes sin labios
No te duermas sin sueño
No te pienses sin sangre
No te juzgues sin tiempo
Pero si
pese a todo
no puedes evitarlo
y congelas el júbilo
y quieres con desgana
y te salvas ahora
y te llenas de calma
y reservas del mundo
Sólo un rincón tranquilo
y dejas caer los párpados

Pesados como juicios
y te secas sin labios
y te duermes sin sueño
y te piensas sin sangre
y te juzgas sin tiempo
y te quedas inmóvil
al borde del camino
y te salvas
entonces
no te quedes conmigo.

La experiencia de guerra "es inseparable de cuestiones sociales y culturales más amplias. El combate no termina las relaciones sociales, sino que las reestructura", escribe Joanna Bourke. En consecuencia, las sociedades de posguerra enfrentan un problema político consistente en incorporar esas "sociedades reestructuradas" al marco más amplio de la sociedad que no participó directamente en la batalla. En el proceso resultante, se estructuran narrativas públicas acerca de la guerra. Estas narrativas harán que ni los veteranos ni sus conciudadanos sean los mismos, y en consecuencia, todo proceso de este tipo implica una decisión histórica, acerca de qué y cómo recordar, para que una comunidad establezca relaciones y se apropie de una experiencia límite como lo es una guerra.

Si en el plano colectivo la muerte en batalla y el pasaje por la guerra cumplen este papel aglutinante, en el plano individual la experiencia bélica genera otros tipos de lazos, ya que nuevas identidades se construyen basadas en la "nostalgia por la camaradería, por un sentido y propósito para la vida, y por la regeneración nacional y personal", como explica Bourke. Unidos por la guerra, identificados con la imagen del soldado que reciben como entrenamiento y ven en la

propaganda, los veteranos construyen las "nostalgias" que describíamos antes, pensándose a sí mismos como una generación cuya marca identitaria es la guerra.

¿Qué características tienen los recuerdos de una experiencia bélica? ¿Cómo son las evocaciones de hombres y mujeres que participan en una guerra? Se trata de preguntas fundamentales porque tanto los recuerdos como las expectativas –es decir, las imágenes que orientaron sus acciones– y la forma en que se moldearon deben ser tenidos en cuenta a la hora de analizar los mitos sociales sobre Malvinas. Los poemas de Rosendi concentran muchas de estas imágenes esenciales.

Se trata de una cuestión clave en la construcción de las memorias de guerra pero generalmente postergada por las construcciones *ex post* que se hacen acerca de los conflictos. A la hora de hablar de ellos, surgen diversos discursos que comparten, reconociendo los más variados orígenes, una característica y necesidad común: justificar la muerte de los muertos propios, pues la de los "adversarios" o "enemigos" no estaba en discusión desde el inicio del conflicto. El resultado es un proceso de victimización, en el que se termina asumiendo que "los combatientes presentes en las zonas de batalla estaban allí para ser muertos, antes que para matar". Por otra parte, esta percepción de los propios soldados es inseparable del imaginario martirológico cristiano, en donde el creyente acepta con felicidad la muerte para dar testimonio de su Fe y se salva en ese acto.

- Para trabajar en las temáticas de la posguerra se pueden proponer los poemas *El último enemigo* y *Brindis*, el primero narra el suicidio de Jorge Mártire y el otro describe cómo son los encuentros entre los ex combatientes.

A partir de estos poemas se puede invitar a los alumnos a reflexionar sobre cuáles fueron las principales dificultades de la posguerra de Malvinas. ¿Por qué no fue posible construir un espacio para los ex combatientes? ¿Por qué hubo tantos suicidios? ¿En todas las regiones del país ocurrió lo mismo? (ver el poema *Puerto Madryn*, por ejemplo) ¿Qué diferencias hubo entre el tratamiento que

recibieron en las distintas provincias? ¿Qué significó el concepto de "desmalvinización"? En el final de ambos poemas se repite la palabra "tristeza" ¿está usada del mismo modo, qué significa en uno y otro poema?

- Es posible, además, que se les sugiera que después de leer el anteúltimo poema del libro, el que comienza diciendo "*¡Fiiirrrmes!! Grita el teniente*", imaginen una ilustración o una historieta para acompañarlo. Previamente a la confección de la imagen, se puede discutir en torno a lo que significa la muerte de los jóvenes: ¿Qué quiere representar el autor con esta escena que imagina? ¿Por qué imagina a los soldados muertos como fantasmas? ¿Qué vienen a reclamarle los muertos al teniente? ¿Qué esperan?

- En el poema *Después del horror*, el poeta se define como "sobremuriendo" ¿qué querrá decir con esta palabra? ¿por qué no dice "sobreviviente"?

- En el último poema del libro, el autor escribe: "los que todavía soñamos/ con regresar algún día". En base a este poema y al último tramo de la entrevista se puede discutir con los alumnos sobre la idea de "volver". ¿Qué quiere decir "volver" para los ex combatientes? ¿Volver a la guerra, volver al pasado, volver a los recuerdos, volver para recuperar las islas, volver para cerrar una historia, volver para homenajear a los caídos?

LA ESCUELA, MALVINAS Y LA PATRIA

Hacia fines del siglo XIX, el proceso de avance y consolidación del Estado argentino implicó la instrumentación de un conjunto de acciones tendientes a forjar y afianzar una identidad común: la creación de un sistema escolar nacional y la construcción de una visión del pasado, de un relato histórico compartido, fueron de las más importantes.

Este proceso suponía un objetivo bifronte: la construcción de ciudadanía (en tanto proceso civilizatorio) y de la Nación (en tanto búsqueda por cohesionar, homogeneizar, argentinizar a un conjunto heterogéneo de inmigrantes que iban llegando al país).

Para alcanzar ese objetivo la escuela desempeñó una tarea pedagógica fundamental a partir de un conjunto de prácticas y rituales escolares: las efemérides, los monumentos, la biografías de los próceres, los actos, las canciones patrias, las marchas...

En ese marco, "Malvinas", así, sustantivizada, (según las coyunturas históricas y políticas nombradas como las islas miserables, irredentas, liberadas, hermanita perdida, islas recuperadas) fue ocupando progresivamente un lugar destacado en las aulas y en el imaginario social, constituyéndose en un emblema de la Nación usurpada cuyos usos y sentidos fueron –en buena medida, pero no únicamente, (no debemos ignorar ni relativizar el "deber cívico" inculcado en el servicio militar obligatorio)– construidos y asimilados en la escuela pública hasta asumir sin ningún atisbo de dudas aquello de "Las Malvinas son argentinas" y los derechos sobre las islas son obvios e indiscutibles.

Gran parte de los que combatieron como también de los que apoyaron y acompañaron la guerra lo hicieron convencidos de estar defendiendo la Soberanía Nacional y la "Patria".

Algunos de los poemas de Gustavo Caso Rosendi (por ejemplo *Patria*, *Himno en la Escuela*, *Inés French*) nos permiten reconocer esas huellas, esas marcas esculpidas por la maquinaria escolar en varias generaciones de argentinos. Son también un posible disparador para repensar los usos y sentidos que hoy sigue despertando Malvinas, tanto en las escuelas como en cada uno de nosotros.

- A partir de la lectura del poema *Patria* se puede debatir con los estudiantes en torno a algunas preguntas: ¿Qué idea de Patria puede observarse? ¿Cómo aparece representada la Patria en la poesía? ¿Qué conflictos atraviesan a esa Patria?

- Puede proponerse a los alumnos que busquen algunas de las cartas escritas por los soldados durante la guerra, en las que se aluda a la Patria. ¿De qué manera aparece reflejada la idea de Patria en cada una de ellas? ¿Cuáles son las semejanzas y diferencias? ¿Qué relación puede establecerse con el poema de Gustavo Caso Rosendi?

- Asimismo, puede resultar interesante buscar y comparar esas nociones de Patria con algunas de las cartas que circularon en los medios de comunicación durante el conflicto bélico: cartas de lectores, cartas anónimas, cartas a modo de editorial, etcétera.

Pueden tomarse como ejemplos: la *Carta abierta a un soldado en el sur*, publicada por la revista **Gente** en su N° 874. 22 de abril de 1982; o la *Carta de una madre a un soldado desconocido*, **Gente** N° 876, 6 de mayo de 1982, famosa por su tapa "Estamos ganando".

- En función de estos debates en torno a la patria, se les puede proponer a los estudiantes que se reúnan en grupos y discutan qué entienden por la noción de Patria: ¿con qué la asocian? Si tuvieran que ejemplificarla a partir de una imagen ¿cuál elegirían? ¿Por qué? ¿En qué “cosas” (objetos, lugares, personas, sitios, canciones, fechas, momentos, símbolos) se puede ver materializada esa idea? Sugerimos como disparador que escuchen y analicen la letra de la canción “Dormite patria”, de Adrián Abonizio, interpretada por Juan Carlos Baglietto (Álbum *Mami*, 1986).

- Con el poema *Himno en la escuela* se puede conversar con los alumnos sobre el sentido que el autor busca al “reescribir” algunos pasajes del Himno. ¿Quién se hace la serie de preguntas que allí se expresan? ¿A quiénes van dirigidas esas preguntas?

- En el poema *Inés French*, el soldado se acuerda de una maestra. Para saber quién fue se puede leer con los estudiantes el tramo de la entrevista donde se hace referencia a esa persona. Después de esta tarea se puede compartir una serie de preguntas con los estudiantes: ¿Qué dudas se plantean en el poema? ¿Por qué el autor se “alegra” de que Inés French ya no esté? Si estuviera viva: ¿qué problema debería enfrentar?

- “No fui a la guerra pensando en Galtieri sino en San Martín”.

En este testimonio de un ex combatiente, aparece con claridad la tensión entre la situación histórica concreta que desencadenó el conflicto bélico y las causas, motivaciones y responsabilidades ciudadanas forjadas, en buena medida, por el sistema escolar. Podemos preguntarles a los alumnos:

¿Cómo debemos interpretar esa referencia a San Martín? ¿Por qué manifiesta con tanta claridad que no fue a Malvinas pensando en Galtieri? ¿Qué marcas de la experiencia escolar analizada aparecen en esta frase? ¿Qué papel jugó la

escuela en la instalación de Malvinas como metáfora de la Nación? ¿Qué papel juega Malvinas en el marco de las ideas de Patria y Nación? ¿En qué medida la “cuestión Malvinas” colaboró en esa construcción del nacionalismo?

- La experiencia del terrorismo de Estado ¿modificó, transformó, la idea, el sentido de Patria? ¿Por qué? ¿En qué se manifiesta ese cambio? ¿Y la relación con Malvinas, fue modificada a partir de la dictadura militar? ¿Qué hicimos los argentinos con Malvinas luego de la derrota? ¿Cuál consideran que es el sentido del término Patria en la actualidad? ¿Cuál el de Malvinas?

- Se puede proponer que los estudiantes lean la entrevista a Gustavo Caso Rosendi y que imaginen qué hubiera dicho sobre la frase aquí propuesta. ¿Por qué él fue a la guerra? ¿Lo hizo pensando en San Martín, en Galtieri, en ambos o en qué otra cosa?

- Históricamente en la escuela se utilizaban dos poemas para enseñar Malvinas: uno de Atahualpa Yupanqui, *La hermanita perdida*, y otro de José Pedroni, *Las Malvinas*. El primero fue grabado por Los Chalchaleros, entre otros, y el segundo lo cantó Jorge Cafrune.

Se puede proponer que los estudiantes busquen ambos poemas, que analicen en qué contextos fueron producidos y que, a partir de ahí, discutan acerca de cuáles son las principales diferencias con los poemas de Rosendi, sobre todo en el modo en que se representa la Patria.

A su vez, se puede proponer que los estudiantes elijan un poema de Rosendi e imaginen quién podría hoy musicalizarlo y cantarlo, justificando el porqué.

Para enriquecer esta actividad, los estudiantes pueden realizar un rastreo de las referencias musicales que aparecen en los poemas y que el autor menciona y analiza en la entrevista.

II. REDES LITERARIAS

TALLERES DE LECTURA

Como ya se dijo en la introducción a las *propuestas de lecturas*, es fundamental crear un espacio en el que se celebre el encuentro entre los lectores y los textos, donde se privilegie el intercambio de opiniones e interpretaciones acerca de las lecturas que se comparten, y donde se ofrezca a alumnos y alumnas la oportunidad de que pongan en escena sus asociaciones, imágenes, conjeturas que provienen tanto de sus experiencias de vida como de las experiencias de pensamiento que les han proporcionado otras lecturas.

En esa interacción que propicia la modalidad de taller se juega, como puede inferirse, la posibilidad de que alumnas y alumnos tomen la palabra. Naturalmente, esta posibilidad va a depender en gran medida del modo en que el o la docente les "ponga el cuerpo a los textos", y habilite la discusión sobre las interpretaciones que toda lectura genera.

EL PRÓLOGO DE RANINQUEO. ALGUNAS SUGERENCIAS

A veces los prólogos son verdaderos homenajes. Y el de Raninqueo indudablemente lo es. Recorre los bellísimos poemas del libro, y nos va mostrando las asociaciones que construye con filmes, poetas, escritores sin disimular las emociones que el encuentro con la poesía de Gustavo Rosendi le provoca. Por todo esto es una incitante invitación a leer **Soldados**.

Luego de compartir la lectura del prólogo de Martín Raninqueo, sería interesante invitar a los alumnos a que realicen "ciertas excursiones" por fuera del texto. Como por ejemplo:

Conversar con sus madres, padres, docentes, y otras personas que puedan dar testimonio del contexto cultural de los 80 para que les cuenten lo que recuerdan

sobre los dos grupos a los que se refiere Raninqueo. Imaginamos que los entrevistados agregarán otros: músicos, escritores; tal vez, establezcan vinculaciones con otros espacios culturales, y relaten lo que ocurría en las universidades, en los espacios familiares, etcétera. En fin, se trata de habilitar el recuerdo de los adultos para que, tirando de la hilacha de la memoria, les "presten" sus experiencias a los alumnos. Para enriquecer este punto se puede recurrir al tramo de la entrevista donde Rosendi describe el clima cultural de aquellos años.

Siempre los buenos textos literarios nos reenvían a otras lecturas. Por ejemplo, Raninqueo, refiriéndose a la experiencia vital y estética de Gustavo Caso Rosendi, dice:

*...el poeta ya intuía que no se escribe con el dolor, sino con su recuerdo. Ese dejar decantar el tema, esa distancia en el tiempo hasta llegar a **Soldados**, le permitió transformar un hecho doloroso en un hecho estético, para decirnos que, tal vez, se escriba porque se ha perdido una experiencia inefable, y al escribirla se realiza una experiencia del lenguaje.*

Es posible encontrar cierta consonancia con el poema de María Zambrano citado como epígrafe en este cuadernillo. Y conversar, entonces, con el alumna-do sobre esas consonancias. Probablemente, este poema volverá a producir otras asociaciones cuando recorran **Soldados**.

El prólogo también nos reenvía al cine. En un momento, evoca el film de Akira Kurosawa **Los sueños** y establece relaciones entre una escena de la película y uno de los poemas. Es posible invitar a alumnas y alumnos a ver el film, y luego conversar sobre estas y otras relaciones a fin de que cobre para ellos significado la asociación realizada por Raninqueo.

OTROS REENVÍOS

El reconocimiento o transformación de la subjetividad a partir de la experiencia del descenso a los infiernos, o catábasis, es un tópico de la literatura de todos los tiempos. Está presente en *La Ilíada*, la *Eneida*, en el descenso de Dante a los círculos del infierno y en el de don Quijote a la Cueva de Montesinos. En los textos clásicos, el héroe es el que toma la decisión de bajar al inframundo, a diferencia de lo que ocurre con los soldados de Malvinas. Esas cuevas, esas *pichicerías* –como las llama Rodolfo Fogwill en su novela *Los pichiciegos*– están instaladas en un infierno mayor por lo que son a un tiempo refugio y tumba. Lo que sí tienen en común es la idea de que no se retorna igual después de atravesar esa experiencia.

Las alusiones a “el pozo” se repiten en la mayoría de los relatos referidos a la guerra de Malvinas. En *Los pichiciegos*, estos refugios constituyen el espacio predominante en el que suceden los acontecimientos. En la novela *Las Islas* de Carlos Gamerro, los pozos se han transformado casi en una piel.

- A fin de que los alumnos y alumnas puedan reconocer las diferentes formas de aludir a esos refugios y a sus diversas connotaciones, sugerimos la lectura de *Los pichiciegos*, donde la descripción de las *pichicerías* se va completando a lo largo de novela. En este mismo sentido, se puede leer el fragmento de *Las Islas* que se transcribe. Luego de estas lecturas y de conversar sobre ellas, se les puede proponer a los alumnos descubrir el trabajo que Caso Rosendi realiza en sus poemas con el mismo tópico: *el pozo*.

(Fragmento de *Las Islas* de Carlos Gamerro)

*Algún tiempo después los ingleses debieron ocupar los montes
circundantes, porque empezaron los bombardeos terrestres, ya que*

no respetaban horario, y no salíamos más que para buscar comida, cumplir alguna orden (cada vez menos) o cagar. Empezamos entonces a volvernos parte del pozo, no podíamos imaginarnos fuera de él, como esos gusanos marinos que pasan toda su vida dentro de tubos calcáreos. Nuestra forma humana se había amoldada a esa costra indiscriminada: el hambre, el frío y el miedo nos habían hecho segregar una segunda piel, un cayo de cuero, tela y metal que nos cubría como un caparazón. ¿Podría sacárnosla cuando esto terminara y habría una piel nueva y rosada debajo, un pataleo, un llanto de recién nacido? ¿O sería todo una y al arrancárnosla quedaríamos como una oveja cuereada medio viva, toda estertor y ojos desorbitados? Si esta era la costra de una pupa pasando el invierno bajo tierra, ¿qué clase de insecto iba a salir de ella cuando llegara la primavera? ¿Qué transformación podía esperar a las larvas que se retorcían en las heridas abiertas de la tierra? Ya casi no hablábamos entre nosotros, nos cruzábamos como sombras, habíamos perdido hasta tal punto densidad que podíamos ocupar el mismo lugar en el espacio, las miradas fijas atravesando los cuerpos, enfocadas.

En *Soldados* aparecen variadas alusiones a personajes, escenas, tópicos de la literatura y la mitología clásica. Circulan por los poemas de Caso Rosendi: Prometeo, Caronte, Penélope “que tejía y destejía”, la Parca, Lázaros, Ares, Ulises y el canto de las Sirenas, la prohibición de volver la vista atrás presente tanto en el mito de Orfeo como en la historia bíblica de Lot.

También es posible rastrear en los poemas, alusiones a obras y autores de la literatura contemporánea, como es el caso del poema *El cuervo* de Edgar Allan Poe, *Moby Dick* de Herman Melville y *El principito* de Saint Exupéry.

- Sugerimos invitar a los alumnos a que busquen en enciclopedias información sobre los personajes, autores y obras mencionados para que luego puedan vincular esos significados con los nuevos sentidos que adquieren en poemas que refieren al universo de la guerra de Malvinas. Es un ejercicio de interpretación que, naturalmente, requiere de mucho acompañamiento por parte del docente.

Además de las ya citadas novelas sobre Malvinas: **Los pichiciegos**, de Rodolfo Fogwill y **Las Islas** de Carlos Gamerro, recomendamos la lectura de **Arde aún sobre los años**, de Fernando López, una novela de iniciación que obtuvo el premio Casa de las Américas en 1985, que cuenta la historia de un grupo de adolescentes que intentan hacer cine en un recóndito pueblito cordobés, San Tito. Las desopilantes peripecias que atraviesa esta pandilla en su intento de filmar una película, se interrumpe cuando su líder, Moro, pasa a ser un soldado de Malvinas. Este acontecimiento marca un antes y un después en la vida de esos jóvenes.

- Proponemos la lectura de los fragmentos iniciales y finales de la novela, en ambos se pueden elegir algunas frases que den cuenta del clima de época, se pueden leer en diálogo con la entrevista de Caso Rosendi, donde también se recrea cómo era el clima durante los años de la dictadura y en los primeros momentos de la década del ochenta.

Fragmento inicial:

"Cerrado por vacaciones", decía un cartel adherido a la cortina metálica de la panadería. Toqué timbre en el pasillo y no contestó nadie. Me llamó la atención que los familiares del Moro se hubieran ausentado todos juntos. Vista en perspectiva no parecía ser la misma, había demasiada tierra acumulada sobre los pliegues de la cortina. Cargué el bolso al hombro y seguí camino hacia casa. Lo hice por la avenida principal, a pie, gozando la nueva situación de no ser reconocido. Llegué al Centro Cívico, me senté en un banco y

encendí un cigarrillo. Ya no tenía presente que a esa hora Ibáñez cruzaba la avenida y la plaza para ir a almorzar. Lo vi salir, detenerse a esperar el cambio de semáforos, y venir después en dirección al kiosco de revistas con la mano echada al bolsillo como si fuera a comprar algo. El sólo verlo me hizo acordar de tantas cosas vividas en San Tito que se me llenaron los ojos de lágrimas. El tiempo de las películas, de algunos amores importantes y una amistad como hasta entonces no había conocido. El tiempo en que nos dimos cuenta de que estábamos creciendo a tranco de noria, sin atrevernos a cortar la cincha. El tiempo en que empezaron a morir los nuestros sin saber que antes habían muerto los de antes y todo estaba igual o peor que entonces. (...)

Fragmento de cierre:

(...) Vamos a limpiar el pueblo de perturbadores gritó el candidato y la gente empezó a silbar, algunos a nosotros y otros al Turco, haciendo un batifondo que fue la antesala del despelote con voladura de sillas, trompadas, insultos, las policías haciendo su entrada en el salón y la gente que gritaba asesinos, asesinos, unos para un lado, otros para el otro, todos eufóricos, empujando y pegando, escuchando las quejas de las viejas por los problemas que trae la democracia. Fue en ese instante que nos cruzamos con Ibáñez y me sonrió, yo le guiñé un ojo y levanté el pulgar de la mano izquierda, en señal de victoria, y la sirena de los bomberos empezó a sonar anunciando a los cuatro vientos el nacimiento de una Historia diferente, sin mentiras, sin muertos, con tanta libertad como fuera necesario.

San Francisco, octubre 1984

Para cerrar estos reenvíos (cada docente sumará los propios) a narraciones literarias sobre Malvinas, transcribimos *Los pasajeros del tren de la noche*, un extraordinario cuento de Fogwill. Mientras que en *Arde aún sobre los años* la

historia da cuenta de un mundo en el que irrumpe Malvinas, este cuento de Fogwill se sitúa en un mundo posterior a la guerra: el regreso de los soldados. En las múltiples voces que se cruzan en el relato, alumnas y alumnos podrán encontrar consonancias con las que entran los poemas de Rosendi.

LOS PASAJEROS DEL TREN DE LA NOCHE

Nadie conoce bien cómo se inició. La primera noticia se conoció un jueves, pero eso no demuestra nada: las cosas pudieron empezar días o semanas antes de aquel jueves de diciembre, cuando el mayorista de cigarrillos y el vendedor de diarios de la estación dijeron que volvían los soldados y que esa mañana de comienzos de verano, ellos mismos, juntos, habían visto con sus propios ojos a Diego Uriarte bajando del tren que lleva los tarros de los tambos y trae los diarios del día anterior y los paquetes con los pedidos de los mayoristas.

Jiménez, del quiosco de revistas, y el cigarrero Kentros pusieron a correr la noticia esa misma mañana y por eso en el pueblo creen que fue aquel día que comenzaron a volver, pero todo bien pudo haber comenzado antes, el día anterior, o el jueves anterior, en otro tren, o en el mismo tren, que es el que llega de madrugada y sale de la capital justo cuando oscurece y por eso lo llaman el tren de la noche. Que habían visto a Diego Uriarte bajar del tren de la noche. Que vieron cómo se despedía de unos soldados con yesos y vendajes que se amontonaban en el segundo vagón y que saltó al andén desde el furgón postal y que después bajaron otros dos con ropa de soldados. Que uno de ellos debía ser Miguel Sanders, cree el del kiosco y que al otro, uno negro y menudo, ninguno de los dos lo reconoció, ni Jiménez ni Kentros.

Eso contaron y dijeron haber visto cómo los tres muchachos se despidieron de los que iban en el vagón y miraron hacia el pueblo ya iluminado por el sol pero

con las luces eléctricas de la plaza de la estación y de algunas vidrieras de los negocios grandes todavía encendidas.

Los tres muchachos se separaron en seguida y tomaron cada uno para su lado: Uriarte, por la calle principal, hacia su casa; el morocho que no era conocido tomó el camino de la vía para el lado de las quintas, y el otro que Jiménez dijo debía ser Miguel Sanders, cruzó los terraplenes y enfiló para el lado de la mina de cal. Kentros a ese no lo reconoció, pero bien pudo ser el muchacho de Sanders, porque los Sanders viven atrás de la loma blanca, pasando la mina de cal, y para llegar a la casa de la madre de Sanders es obligado tomar aquella dirección.

Y esa mañana comenzó todo. A saberse comenzó todo, pero bien pudo haber comenzado antes, días atrás o semana atrás. Esa mañana se lo comentó mucho porque los dos que estaban en la estación esperando la llegada del tren reconocieron al Diego entre los tres soldados que volvían, y Diego Uriarte era un muchacho muy querido de todos, porque era el hijo del patrón del buffet del Club Social donde funcionaba el casino, porque había sido capitán del equipo de básquet y campeón de pelota y porque en el pueblo se daba por seguro que Diego Uriarte había muerto en el frente hacía dos años y hasta le hicieron unas misas. Por eso, más que por otra cosa, corrió la voz y todos se acuerdan del día y suponen que los soldados comenzaron a volver aquel jueves cinco de diciembre.

Claro que nadie le iba a contar a Diego que lo estuvieron dando por muerto y que le habían hecho misas. Él ha de haber llegado a la casa del padre, se habrá quitado para siempre la ropa militar y en medio de la alegría de la familia y de la impresión por verlo vivo y de vuelta nadie ha de haberle comentado nada y se habrá ido a dormir, cansado del viaje, contento de acostarse por fin en una cama limpia después de tanto tiempo.

Por el centro, a la vereda de la confitería y a las mesas de juego del club social recién se lo vio aparecer en la tarde del sábado, cuando ya todos conocían que

estaba vuelto al pueblo y se estaban empezando a olvidar los homenajes y las misas.

Aunque después no pudo haber faltado alguien que por curiosidad, o por hacer un chiste, hablara de las misas con él, o con los otros que siguieron llegando. Con Sanders no. Los Sanders viven del otro lado de la sierra, más allá de la mina de cal, y casi nunca bajan a este pueblo; hacen compras en el almacén de campo de Santiago Nasar y para fiestas y para bailes se van al otro pueblo, donde la madre de Sanders tiene las hermanas y los hijos le estudiaron la escuela primaria. Pero a Diego Uriarte o a cualquiera de los que volvieron después, no ha de haber faltado algún curioso o un bromista que les hicieran entender que todos en el pueblo, hasta las propias madres, los habían estado dando por muertos.

Hay cuestiones de lógica: la madre de Federico Ortiz consta que recibió telegramas de pésame mandados del ejército, con los bordes del papel teñidos de negro, y que después le vino un cheque con la indemnización que le pagaron en el banco Provincia. Si no todas, bastantes madres han de haber recibido cheques o telegramas por los parientes muertos. Es algo lógico: tarde o temprano, la madre de Ortiz, o la de Uriarte –si también ella recibió telegramas o cheques– o cualquier otra madre que hubiera recibido cheques o telegramas, debió hablar con el hijo de la cuestión, y más de una habrá andado pensando si a la plata del cheque –unos pesos miserables– no iría a empezar a reclamársela el gobierno.

Pero no consta que la madre de Ortiz ni alguna de las otras lo hayan hablado con los hijos, ni con las amistades de ellas ni de los hijos. A la cuestión de los telegramas y los cheques se callaron, tal como se callaron muchas cosas las madres. ¿O fue que adivinaban todo desde el comienzo...?

Al comienzo fue el tren del cinco de diciembre, el primer caso que se conoció, aunque todo bien pudo haber comenzado antes. Después, durante aquel verano, los trenes de la noche del miércoles, que llegan siempre entre las cinco y media y las seis menos cuarto de la mañana de los jueves, siguieron dejando sol-

dados de vuelta y muchas madres de soldados, que sabían que a los hijos los iban licenciando, se ponían desde temprano en los andenes a esperar y esperaban, y después, cuando el tren seguía viaje trepando despacito la cuesta de la sierra baja, quedaban en el andén un montón de mujeres llorando alrededor de unos pocos soldados muertos de sueño. Todas llorando: unas de emoción porque acababan de recibir al hijo; otras porque se habían puesto a esperar que de ese tren bajara el hijo que no le había llegado.

La guerra tiene esas cosas, y las madres, que son tan resignadas para traer hijos al mundo y para servir a los hijos de ellas y a los hijos de otras, no saben resignarse cuando les faltan los hijos, y siguieron yendo al andén de la estación a esperar y esperar, muchas con los maridos, o con los otros hijos civiles o con nueras y nietos, y así los jueves desde temprano se producían montones de gente esperando la llegada del tren de la noche.

Aunque las últimas semanas, para marzo, o abril, cuando vino la época de las lluvias, muy pocas madres esperaban.

El último soldado llegó a fines de abril, solo. Fue Sergio Guebel, hijo de los judíos de la semillería. En la estación estaban nada más que la madre de él, unas vecinas, la chica que había sido la novia y Jiménez y Kentros, el cigarrero, que hablaban de la guerra con el padre de Sergio y contaron que el viejo fumaba un cigarrillo atrás del otro en el andén, empapado por la lluvia, esperando.

Parece que Sergio Guebel bajó desde el segundo vagón, besó a la madre que lloraba llorando también él, no tanto por encontrarse con la familia sino por despedirse de los soldados que venían en el vagón con él, que habían hecho con él toda la guerra juntos y seguramente se bajarían en otros pueblos, en los últimos ramales de este ferrocarril.

A la madre de Guebel no le habían dado pésame ni cheque. En cambio le había llegado una carta del Comando con felicitaciones, porque el hijo, decía la carta, había tenido una acción heroica contra unos tanques. Verlo después a

Guebel, con su uniforme holgado y viejo, los borceguíes deslucidos, sin medallas y sin siquiera una jineta de cabo o de sargento, hacía pensar que el telegrama decía eso como pudo haber dicho cualquier otra cosa.

–Con todo lo que pasó, ¿Quién vas ser tan boludo como para creer lo que digan los telegramas..? –Pregunta Emilio Renzi, que justo había ganado el Telelotto, y salía de depositar el cheque en el correo y se lo cruzó a Guebel.

Eran los días en que el pobre Sergio andaba como un pavote por el centro, con disfraz de soldado porque el viejo todavía no le había comprado la ropa nueva ni lo había puesto a trabajar en la camioneta, donde todavía hoy se lo ve cargando bidones con herbicida, y bolsas de semillas y de comida balanceada para chanchos.

–Con la bronca del cheque y de todo lo que me descontaron y de los tres días que tenía que esperar para que me lo cambiaran ni me acordaba de la guerra. Salgo del correo, enfilo para la Municipalidad y lo veo ahí, parado como un muñeco... ¡Casi me caigo de orto..!

Siempre cuenta lo mismo el Renzi, que salió del correo, casi se cae de culo, y de que aunque le hubieran hecho la cara de nuevo y cambiado la voz, igual lo hubiera reconocido al ruso por los chistes boludos: afortunado en el juego, desafortunado en el amor, dice que le dijo Guebel como jactándose de estar al tanto de todos los chismes del pueblo.

La guerra es una cosa llena de errores. Por ejemplo en la batalla del 22 de agosto, artillería necesitaba bombardear una fábrica Dupont clausurada donde los enemigos almacenaban municiones y remedios y bombardearon otra fábrica, la Dinam, porque en el plano viejo de la ciudad que estaban tratando de ocupar figuraban equivocados los nombres de las fábricas. Quién sabe cuántos que estaban trabajando en la fábrica habrán muerto por el error de un dibujante que copió mal la guía de la ciudad. ¡Cientos, o miles de personas inútilmente muertas por un error del plano..! El cañoneo de la fábrica Dinam

es un ejemplo: tanta destreza de los artilleros y tanto estudio para volver escombros una fábrica equivocada.

Pero la gente se acostumbra, se amolda. Lo mismo en las ciudades grandes, como en los pueblos chicos y en los pueblos medianos como este, se amolda. Cayetano Fain, que hizo una fortuna como revendedor de flores de las quintas, lo explica así:

–Yo estaba tratando de dejar de tomar. Tomaba todo lo que quería en las comidas –tomaba vino– pero no probaba un vermouth ni una gota de alcohol fuera de las comidas. Un sábado fui a la confitería, a la parte de atrás, y me senté en la mesa de Jesús Noble, otro de los soldados vueltos. Ya había pasado mucho tiempo de la época de las llegadas del tren de la noche, pero a Noble no lo había vuelto a ver. Lo saludé como si nada. Él estaba amistoso conmigo, pero también me saludó como si no hubiésemos pasado más que una semana sin vernos. Quién sabe fue casualidad, quién sabe él de tanto ver gente en la confitería pensó que me había vuelto a ver también a mí. Tomaba vino blanco, yo me prendí. A la segunda vuelta ya estábamos contando cuentos y hablando de pavadas. Creo que tomé como diez vasos de vino, que no me hicieron nada. El tomaba a la par, igual que yo. Estaba medio borracho, le costaba levantarse de la mesa y cuando hablaba medio se le trababa la lengua. Pero para mí fue como sentarme con cualquier otro, como si hubiera estado mi capataz Rogelio en vez de él en la mesa. Se hace una cosa natural...

Porque las costumbres pueden más que cualquier otra cosa. Según Pugliese, el martillero, las costumbres siempre acaban ganando. Cuenta que un día estaba con su socio viendo una chacra y que Avelino, el socio, quería ir a visitar a un cliente, pero él tenía que volver a la ciudad, entonces le dejó el auto porque Quirós, otro de los soldados vueltos, le ofreció arrimarlo con su camión, un Scania.

Dice Pugliese que se sentó en el Scania y que no se hubiera acordado de nada

si no fuese porque notó que en el parabrisas, colgada de la visera que en el camión se usa para tapar el sol, había una medallita de la guerra, esas de níquel con Cristo Vencedor y la cara del General grabada. Dice que se acordó, y que por un momento hasta sintió impresión:

–Acuérdense –dice– que yo era de la comisión del templo, así que estuve en todas las misas, contando la de él, la de Quirós.

Pero Pugliese se entretuvo tanto hablando con Quirós sobre radios y cosas de radioaficionados que se olvidó de todo enseguida y era como si el que manejaba el Scania fuese su propio socio, Avelino, y no un soldado vuelto.

–Y ojo, que yo ya sabía por la comisión de la parroquia, de lo que había pasado en los otros pueblos... –aclara Pugliese.

Aunque uno sepa todo, lo que más pesa es lo que hacen los otros: lo que los otros le colocan frente a los ojos es la verdad y lo demás no cuenta. Hasta Torraga, que no quería que su hija se casara con Horacio, un soldado vuelto con el que había ennoviado de chica, lo reconoce:

–No es que pensara que mi chica no lo quería, o que el muchacho fuera malo. Pero cuando Horacio, que venía siempre a casa, me pidió de casarse con ella, le dije que lo necesitábamos pensar, porque yo ya había visto que la hija de Orlando se había casado con uno de los vueltos hacía tres años y no había tenido hijos. Y la partera, la viuda del doctor Alvarez, que después se casó con ese otro soldado vuelto, Márquez, hacía dos años que quería encargar y no quedaba, y eso que era partera. Era por ese miedo, no por desprecio del muchacho, por lo que le pedí que lo tenía que pensar. Pero hoy en día nadie puede oponerse a que los jóvenes se casen, y si el padre se opone, es peor, se encaman en los moteles de la ruta y los sábados cuando pasa por ahí los ve llenos de gente joven que va en los autos de los padres y uno mira la fila de coches estacionados y ya sabe quiénes están ahí revolcándose como perros alzados...

Así son las costumbres y la gente se amolda, y más que lo que cada uno puede

saber importa lo que los demás le muestran. Ahora se acepta que los jóvenes saquen el auto de los padres y se vayan con las chicas del pueblo al motel de la ruta, a medianoche, los viernes y los sábados, y los mismos que cuando estaban de novios con la que ahora es su mujer ni se les hubiera cruzado la idea de hacer esas cosas dejando el auto a la vista de todos, frente a la ruta, ahora permiten que las hijas vayan al motel como si fueran a una kermesse. Y uno como Pugliese, que estuvo en la misa que le hicieron a Quirós, puede tranquilamente irse a cazar liebres con Quirós y hasta Avelino sabe perderse las noches jugando al póquer con Diego Uriarte, que no se casó y se volvió un timbero empedernido que deja en las mesas de monte todo lo que durante el día se gana atrás del mostrador, en el buffet del mismo club.

Tampoco ellos han hecho nada para llamar la atención. Nadie habla de que hayan disimulado, pero tampoco se ha visto que naciera de ellos algo que llame la atención de la gente, como si ellos mismos hubiesen sabido –tal vez sabían– que con el tiempo todo el pueblo daría por natural tenerlos con ellos, a fuerza de amoldarse.

Alguna vez se los ve juntos, de a dos, de a tres, por esas casualidades que suceden. Marina Echagüe una vez fue a la carrera de autos para llevar a los alumnos y vio que en la curva, donde la mayoría de los muchachos jóvenes quiere ponerse para ver cómo los autos preparados entran a toda máquina, clavan los frenos, rebajan a segunda y salen derrapando, estaba Federico Ortiz, que cerca suyo estaba Claudio Uriarte con una barra de hombres del club social, y que a un paso de allí vio a Juan Molina, que también es uno de los radioaficionados que se olvidó de todo enseguida y era como si el que manejaba el Scania fuese su propio socio, Avelino, y no un soldado vuelto.

–Y ojo, que yo ya sabía por la comisión de la parroquia, de lo que había pasado en los otros pueblos... –aclara Pugliese.

Aunque uno sepa todo, lo que más pesa es lo que hacen los otros: lo que los

otros le colocan frente a los ojos es la verdad y lo demás no cuenta. Hasta Torraga, que no quería que su hija se casara con Horacio, un soldado vuelto con el que había ennoviado de chica, lo reconoce:

–No es que pensara que mi chica no lo quería, o que el muchacho fuera malo. Pero cuando Horacio, que venía siempre a casa, me pidió de casarse con ella, le dije que lo necesitábamos pensar, porque yo ya había visto que la hija de Orlando se había casado con uno de los vueltos hacía tres años y no había tenido hijos. Y la partera, la viuda del doctor Alvarez, que después se casó con ese otro soldado vuelto, Márquez, hacía dos años que quería encargar y no quedaba, y eso que era partera. Era por ese miedo, no por desprecio del muchacho, por lo que le pedí que lo tenía que pensar. Pero hoy en día nadie puede oponerse a que los jóvenes se casen, y si el padre se opone, es peor, se encaman en los moteles de la ruta y los sábados cuando pasa por ahí los ve llenos de gente joven que va en los autos de los padres y uno mira la fila de coches estacionados y ya sabe quiénes están ahí revolcándose como perros alzados...

Así son las costumbres y la gente se amolda, y más que lo que cada uno puede saber importa lo que los demás le muestran. Ahora se acepta que los jóvenes saquen el auto de los padres y se vayan con las chicas del pueblo al motel de la ruta, a medianoche, los viernes y los sábados, y los mismos que cuando estaban de novios con la que ahora es su mujer ni se les hubiera cruzado la idea de hacer esas cosas dejando el auto a la vista de todos, frente a la ruta, ahora permiten que las hijas vayan al motel como si fueran a una kermesse. Y uno como Pugliese, que estuvo en la misa que le hicieron a Quirós, puede tranquilamente irse a cazar liebres con Quirós y hasta Avelino sabe perderse las noches jugando al póquer con Diego Uriarte, que no se casó y se volvió un timbero empedernido que deja en las mesas de monte todo lo que durante el día se gana atrás del mostrador, en el buffet del mismo club.

Tampoco ellos han hecho nada para llamar la atención. Nadie habla de que

hayan disimulado, pero tampoco se ha visto que naciera de ellos algo que llame la atención de la gente, como si ellos mismos hubiesen sabido –tal vez sabían– que con el tiempo todo el pueblo daría por natural tenerlos con ellos, a fuerza de amoldarse.

Alguna vez se los ve juntos, de a dos, de a tres, por esas casualidades que suceden. Marina Echagüe una vez fue a la carrera de autos para llevar a los alumnos y vio que en la curva, donde la mayoría de los muchachos jóvenes quiere ponerse para ver cómo los autos preparados entran a toda máquina, clavan los frenos, rebajan a segunda y salen derrapando, estaba Federico Ortiz, que cerca suyo estaba Claudio Uriarte con una barra de hombres del club social, y que a un paso de allí vio a Juan Molina, que también es uno de ellos. Tal vez fuera casualidad, pero dice Marina que cuando la gente se adelantó para sacar el coche de Rubolino que se había ido contra los alambrados, los tres –Diego, Juan y Rubolino– quedaron juntos hablando entre ellos y que, aunque había pasado tanto tiempo, eso daba impresión.

Hay veces –fiestas de bautismos, inauguraciones de negocios, casamientos– en las que en un lugar cerrado se encuentran dos o más de ellos, y entonces no ha de faltar quien los mire hablar y divertirse entre ellos y vuelva a pensar. Mucho se pensó cuando se supo que esto no había pasado en otros pueblos. La noticia llegó por gente de la parroquia, que fue a una asamblea en Coronel Insúa, habló el tema y los de Insúa se asombraron, y entonces se pusieron a averiguar y todos terminaron sabiendo que nada más a este pueblo habían vuelto todos los soldados. En esos días dio curiosidad de mirar qué hacían ellos, si cabildeaban juntos, o comentaban entre ellos algo, pero nadie les notó nada diferente. Una vez más –se ve– confiaron en que con el tiempo también al hecho de que esto nada más ocurriera en el pueblo se lo iban a olvidar.

Y tuvieron razón, porque con los años todo se olvidó. En un tiempo en el que muchas parejas se ponen a edificar casas, a hacer viajes afuera y pasan la noche en fiestas para copiarse las costumbres y hacerse ver la ropa y mirarle a los otros

la ropa o las cosas nuevas que siempre estrenan, las parejas sin hijos son cada vez más comunes y no es raro que ellos, que no son más que una parte de tantas parejas sin hijos que se la pasan mostrándose la ropa, tampoco tengan hijos. Total, chicos siempre siguen naciendo.

Los que nacieron el verano cuando la vuelta de soldados comenzó, deben andar ahora por los diez años de edad y seguro que no saben nada de ellos. Para estos chicos, todo lo de la guerra es un cuento de viejos y cuando hablan con uno de ellos, cuando por caso, los sobrinos de Ortiz o de Vigliani se quedan con el tío, juegan como si estuvieran con cualquier otro y los tíos los alzan en brazos, o los llevan al circo o al cine cuando hay películas permitidas como cualquier tío del pueblo se ocupa de los sobrinos chicos. Así, estas criaturas crecen sin saber nada, iguales que los grandes, que saben, pero que andan por ahí sin darse por enterados de lo que estuvo pasando pasando todos estos años.

Por eso nadie los va a enterar, y los chicos van a crecer, van a vivir, van a hacer otros hijos y se van a morir sin saber estas cosas, aunque muchos se las escriban y las guarden para ver si pasados los años a alguien le puede interesar. Morizzi es profesor en el colegio: llegó como suplente por unos meses, se entusiasmó y se quedó en el pueblo. Tiene diploma de filosofía, le gustan las letras y se pasa los días libres y las vacaciones juntando escritos de la gente y armando los concursos de la Secretaría de Cultura del municipio. El puede confirmar esta impresión de que los chicos de ahora nunca van a saber lo que pasó.

–Es –dijo una noche en el bar– como con los peces: podrán saber de todo, pero lo último de lo que un pez se enterará es que vive en el agua...

–Hasta que alguien lo pesca... –razonó el turco.

–Claro –contestó él– pero entonces ya es un pescado, y poco le va a servir saber que se pasó la vida en el agua...

Cuando no hay viento, en las noches sin viento de verano, y también en invierno, antes de las tormentas, desde cualquier lugar de la ciudad se puede oír

el paso de los trenes. A las doce pasa el Norteño, iluminado, porque siempre va llevando turistas de lujo que justo en el momento de cruzar por el pueblo están de sobremesa en el gran coche comedor. A la una y media pasa el Rápido, un tren de carga que viene vacío y que a pesar del nombre pasa despacito para enganchar sin riesgo el cambio de las vías. A las cuatro esté el Mixto, que sale a las seis de la tarde desde la capital, con vagones de carga y otros de pasajeros. Ese no para en el pueblo, pero el guarda saluda hamacando el farol verde y colorado cuando cruzan por la casilla del señalero que le hace los cambios. Todo el pueblo conoce y sabe oír esos trenes y a veces da el temor, al despertar sobresaltado a medianoche, que un tren que llega de repente no sea el Norteño, ni el Mixto ni el Carguero de las cuatro, y pueda ser un Tren Nuevo, viniendo en dirección contraria y se pare en el pueblo dando una larga pitada triste y vaya arrancando despacito, en dirección hacia la capital, y se los lleve a todos, otra vez, para siempre.

TROPOS DE LO EXTREMO

Quien haya leído alguna vez la *Elegía* de Miguel Hernández, en la que el desconsuelo por la muerte de su amigo se dice en cada verso, no puede dejar de preguntarse cómo es posible que las palabras, que siempre nos resultan esquivas a la hora de enunciar los afectos hondos, puedan encadenarse con tanta justeza. La misma sensación producen poemas como *Masa* o *Los heraldos negros* del poeta peruano César Vallejo. Podríamos conjeturar, entonces, que *lo extremo* suele encontrar en la poesía el modo de ser dicho.

La temática del pozo –ojos pozos, vida y alma empozada– del que se ha hablado en el apartado anterior aparece también en *Los heraldos negros* de César Vallejo.

Los heraldos negros – César Vallejo

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!
Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
la resaca de todo lo sufrido
se empozara en el alma... ¡Yo no sé!

Son pocos; pero son... Abren zanjas oscuras
en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
Serán tal vez los potros de bárbaros Atilas;
o lo heraldos negros que nos manda la Muerte.

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,
de alguna fe adorable que el Destino blasfema.
Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.

Y el hombre... Pobre... ¡pobre! Vuelve los ojos, como
cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;
vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como charco de culpa, en la mirada.

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!

- Luego de realizar en el aula una lectura conjunta, se podrá invitar a los alumnos a conversar sobre las resonancias que este poema tiene con algunos de los de Gustavo Caso Rosendi. Tal vez en las formas de expresar la desolación, en las imágenes, en el sentido general, en el ritmo.... Seguramente, en esta conversación reaparecerán las representaciones que se han ido construyendo luego del trabajo sostenido con el tema de "el pozo".
La *Elegía* por la muerte de Ramón Sijé de Miguel Hernández compromete al

yo lírico de un modo contundente. Es ese yo el que abiertamente "dice" su lamento, su desolación. En el poema *Cuando cayó el soldado Vojkovic* de **Soldados**, ese yo lírico no está presente. El lamento se corre de la primera persona. Sin embargo, la desolación sigue presente. Ambos poemas para aproximarse a una verdad trágica se valen de la hipérbole, un tropo con el que se lanza el sentido hacia lo extremo o lo desproporcionado.

- Sería interesante conversar con los alumnos y alumnas sobre los modos de expresar lo extremo y discutir con ellos si en ese desajuste del nombrar hay algún engaño. Para eso, será necesario recorrer en los poemas de Gustavo Caso Rosendi las distintas formas de expresión de lo extremo.

A continuación y para facilitar el trabajo, transcribimos la *Elegía* de Miguel Hernández

Elegía a Ramón Sijé – Miguel Hernández
*(En Orihuela, su pueblo y el mío, se
me ha muerto como del rayo Ramón Sijé,
a quien tanto quería)*

Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma, tan temprano.
Alimentando lluvias, caracolas
y órganos mi dolor sin instrumento,
a las desalentadas amapolas
daré tu corazón por alimento.

Tanto dolor se agrupa en mi costado
que por doler me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,
lloro mi desventura y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida.

Ando sobre rastrojos de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.
Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.
En mis manos levanto una tormenta
de piedras, rayos y hachas estridentes
sedienta de catástrofes y hambrienta.
Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.
Quiero minar la tierra hasta encontrarte

y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte.

Volverás a mi huerto y a mi higuera:
por los altos andamios de las flores
pajareará tu alma colmenera

de angelicales ceras y labores.
Volverás al arrullo de las rejas
de los enamorados labradores.

Alegrarás la sombra de mis cejas,
y tu sangre se irá a cada lado
disputando tu novia y las abejas.

Tu corazón, ya terciopelo ajado,
llama a un campo de almendras espumosas
mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero.

En: Miguel Hernández, *El rayo que no cesa*.

POEMAS DE LA GUERRA

Los poetas han hablado de la guerra de diferentes modos. Acercar a los alumnos a otros poemas abre nuevamente el tema y permite comparar los sentimientos y las maneras de expresarlos. Transcribimos dos poemas para este trabajo: *Masa*, de César Vallejo y *El durmiente del valle* del poeta francés Arthur Rimbaud.

- Además de conversar con los alumnos e invitarlos a investigar sobre los autores, será posible pedirles que busquen otros poemas sobre el tema.

Masa

Al fin de la batalla,
y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre
y le dijo: "¡No mueras, te amo tanto!"
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Se le acercaron dos repitiéronle:
"¡No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!"
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,
clamando "¡Tanto amor y no poder nada contra la muerte!"
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Le rodearon millones de individuos,
con un ruego común: "¡Quédate hermano!"
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Entonces, todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;
incorporóse lentamente,
abrazo al primer hombre; echóse a andar...

El durmiente del valle

Un hoyo de verdor, por el que canta un río
enganchando, a lo loco, por la hierba, jirones
de plata; donde el sol de la montaña altiva
brilla: una vaguada que crece en musgo y luz.
Un soldado, sin casco y con la boca abierta,
bañada por el berro fresco y azul su nuca,
duerme, tendido, bajo las nubes, en la hierba,
pálido en su lecho, sobre el que llueve el sol.
Con sus pies entre gladiolos duerme y sonríe como
sonríe un niño enfermo; sin duda está soñando:
Naturaleza, acúnalo con calor: tiene frío.
Su nariz ya no late con el olor del campo;
duerme en el sol; su mano sobre el pecho tranquilo;
con dos boquetes rojos en el [costado] derecho.⁴

Una referencia obligada, si de guerra se habla, es la poesía gauchesca. Como sabemos, Bartolomé Hidalgo durante las luchas de la independencia repartía "volantes" con poemas para mantener el espíritu patriótico de los soldados. Alguno de sus *diálogos patrióticos* introducirán la temática del abandono del soldado una vez que las luchas finalizaron. Pero, indudablemente es *Martín Fierro* el

4 <http://www.geocities.com/juanshaman/documentos/durmientedelvalle.html>

poema que relata con claridad, sobre todo en *La ida*, los sufrimientos del gaucho cuando es reclutado a través de las levas para ir a la frontera a luchar contra el indio.

- Es posible, entonces, leer fragmentos del libro de Hernández en relación con los poemas de Gustavo Caso Rosendi y revisar en ambos cómo se representa la vida cotidiana del soldado: las amistades, pero también el hambre, el desamparo, la ferocidad que la situación de la guerra genera, las arbitrariedades de la autoridad, etcétera.

LAS IMÁGENES Y LA GUERRA

El cine es también una referencia obligada. Como ya se ha sugerido en el caso de *Los sueños* de Akira Kurosawa, es posible introducir filmes que por su calidad ponen el tema de la guerra en imágenes. En relación con esto sugerimos las siguientes películas: *Cartas desde Iwo Jima* (2006) y *La conquista del honor* (2006) ambas dirigidas por Clint Eastwood y cuyo tema es la batalla de Iwo Jima durante la Segunda Guerra Mundial. Y el film de Tristan Bauer, *Iluminados por el fuego* que fue inspirado en el libro de Edgardo Esteban, periodista y ex combatiente de la Guerra de Malvinas.

Del mismo modo que se ha sugerido con las lecturas, se trata de establecer reenvíos tanto temáticos como en las formas de tratar las experiencias.

**ENTREVISTA A
GUSTAVO CASO ROSENDI**

*"LA POESÍA ES LA EXPRESIÓN JUSTA
PARA AQUELLO QUE NO PODÉS DECIR"*

Nació en Chubut pero se crió en City Bell, provincia de Buenos Aires. Es clase 62, hizo el servicio militar en el Regimiento 7 de La Plata y participó de la guerra de Malvinas en su condición de soldado. Cuando volvió, contagiado del clima cultural de los primeros años ochenta, decidió que su inclinación artística debía concretarse a través de la poesía. Participó de talleres, leyó en cantidad, escribió en bares, aprendió a reescribir y fue, de a poco, encontrando la palabra justa. Sumó sus poemas en varias antologías y editó un primer libro llamado ***Bufón fúnebre***.

"Primero soy poeta, después ex combatiente", repite a lo largo de una extensa entrevista realizada en el patio de su casa de La Plata, donde vive con su mujer, sus dos hijos adolescentes y su perro. Es hincha de Estudiantes, equipo al que suele alentar desde la cancha. Trabajó desde muy jovencito en un organismo estatal, durante casi treinta años, y hoy está jubilado.

Veintisiete años después de la guerra pudo terminar el libro ***Soldados***, que hoy publica el Ministerio de Educación a través de su programa "Educación y Memoria". *"No sé por qué diablos/ estoy escribiendo/ con esta sangre tan ajena/ y tan estrepitosamente mía"*, dice en uno de los poemas. Cuatro versos que permiten vislumbrar algunas de las presencias constantes del libro, sobre las que también habló en esta entrevista: la experiencia de la guerra, la vida en las trincheras, la relación con sus compañeros, el dolor, la muerte, la pasión por la poesía y la necesidad de volver a Malvinas.

La voz de Caso Rosendi -tanto en los poemas como en la entrevista- es una voz arisca, que de alguna manera sigue en guerra. En sus palabras no hay amabilidad ni concesiones. No se conforma: sigue buscando la belleza, la palabra precisa para poder nombrar plenamente alguna vez a la memoria y la justicia.

LOS AÑOS DE FORMACIÓN

¿Cómo fue tu trayectoria escolar?

Nací en Chubut en 1962, viví en Esquel, estuve un tiempito en Córdoba y después con mi vieja nos instalamos en City Bell, en las afueras de La Plata. Allí estudié la primaria -la llamo así aunque suene antiguo- en una escuela pública que era un tanto católica. Luego hice dos años de Bellas Artes en La Plata y, finalmente, terminé el secundario en City Bell porque en la otra escuela me había llevado dos materias y solo se podía tener una previa. Entonces, para no repetir me fui a un colegio privado de City Bell, el Instituto Manuel Belgrano, y terminé ahí sin dificultad porque era una escuela menos exigente. Después quise estudiar geología pero me costaba mucho matemáticas. También me gustaba dibujar -por eso había elegido la escuela de arte- y quería ser pintor, pero me frustré, no pinté ni dibujé más y apunté para la escritura.

Tu experiencia escolar ¿influyó en tu decisión de dedicarte a escribir?

Uno de los primeros poemas lo escribí en sexto o séptimo grado, cuando se murió un compañero mío ahogado en una pileta. Fue una experiencia dolorosa y la escritura me permitió sacar la angustia que debía tener adentro. Después escribía cuentitos sueltos. Era bastante fiaca y, además, en mi casa no se leía mucho. Mi viejo era empleado público y mi vieja peluquera. No tenía un ambiente muy favorable para salir bicho raro como salí.

¿Te gustaba leer?

Tampoco leía mucho. En la secundaria, por ejemplo, no leí un solo libro. Siempre estudiaba de oído. Y en la primaria me llamaban más la atención otras cosas, como la música, los títeres. Lo que tenía era una inclinación artística. Lo primero que leí sobre poesía fue un libro de un familiar, un tío. De los pocos

libros que había en casa, ese era uno. Mi tío se llama Roberto Sánchez, igual que Sandro. Ahí, en ese libro, me encontré con las palabras. Me acuerdo de que me llamó la atención porque no entendía qué significaban las palabras. No eran como los poemas simples del colegio, era otra cosa. Los poemas de mi tío eran de la vida en general y tenían un contenido político también. Era un libro previo a la dictadura. Con el tiempo, me contacté con un vecino que se llamaba Mario Porro y que era poeta. Era el único con el que podía charlar. A mi regreso de Malvinas, iba a visitarlo y él me decía: "Vos tenés que leer esto". Ahí empecé a comprar mis libros. Y después de Malvinas, participé en la experiencia de distintos talleres literarios.

Antes de ir a Malvinas, ¿ya escribías?

Algunos poemas de amor, nomás. Uno se enamoraba y canalizaba así. Después de Malvinas, escribí un solo poema de amor pero lo rompí. Yo soy muy autocrítico con lo que escribo. Y ahora detesto los poemas de amor, no me llaman, ya no escribo más poemas de amor. Ahora soy bastante negro para escribir. Escribo mucho sobre la muerte, el tiempo, lo que escriben todos los poetas... No sé si soy poeta en serio, pero lo intento, intento tomármelo en serio.

EL SERVICIO MILITAR Y EL PRINCIPIO DE LA GUERRA

¿Hiciste el servicio militar en La Plata?

Sí, en el Regimiento 7. La colimba fue un sufrimiento, porque a esa edad no estás preparado para que te pase algo así; aunque si pedías prórroga sufrías más porque tenías menos resistencia física para los "bailes" que te pegaban. De pen-dejo no te hace nada que te bailen, pero de grande se complica un poco más. Uno pensaba que la colimba era el peor sufrimiento, pero no: siempre hay algo peor.

¿Qué recuerdos tenés del servicio militar?

Cuando entramos a la colimba, mi mayor impresión fue encontrarme con algo demasiado "facho". Vos entrabas, te pelaban, te cargaban, te dejaban un jopito y después había un milico -un oficial- que nos iba ordenando: "Vos para allá, vos para acá". Me acuerdo de que entré a mirar y me preguntaba cómo era que todos los rubiecitos íbamos para un lado y los morochitos para otro. ¿Por qué cuento esto? Porque a la hora del desfile militar, los que íbamos adelante en la primera fila éramos la compañía A, o sea, los nenes de mamá. Y en Malvinas era al revés la cosa, mandaron al frente a la compañía B. Toda una cosa bastante deliberada, coherente con los milicos. Es como que siempre hay una sociedad que está acomodada o se acomoda. La estructura de la colimba reproducía la estructura de las clases sociales. En la colimba la pasé lo mejor que pude y, si bien soy rebelde, tampoco soy boludo. Nunca llamaba la atención, siempre estaba entre el montón. Hacía lo que me decían, lo que había que hacer. No era como otros. A Pedro (Vojkovic), por ejemplo, siempre lo estaban bailando. Igual que al Sapo. A ellos, que eran mucho más rebeldes, los tenían en la mira...

¿Cómo fue que te enteraste que tenías que ir a Malvinas?

En la anteúltima baja, en la tercera, me fui de baja de la colimba. Estuve un

año justo y al mes me reincorporaron. El 2 de abril estaba escuchando la radio y dije "Tenemos que ir". A los dos días me llegó la cédula. Ahí vino Pedro y me dijo: "No nos tenemos que presentar porque nos van a matar a todos". Yo le contesté que nos teníamos que presentar porque estaban todos nuestros compañeros adentro. Pedro, en realidad, seguía adentro pero estaba de franco y no quería volver. Al final volvió. Él lo dijo clarito: "Nos van a matar a todos"... Se ve que tenía algún presentimiento, yo no creo en cosas mágicas pero a veces... Fuimos y nos metieron de nuevo en el regimiento. No estábamos para nada seguros de que fuéramos a ir a Malvinas; o no sé, tal vez en realidad, no queríamos saber.

Mencionaste a Pedro Vojkovic, a quien le dedicás un poema imaginando qué pasó cuando él cayó en la guerra. ¿Era amigo tuyo del barrio?

A Pedro lo conocía desde antes de la colimba, vivía a media cuadra de mi casa en City Bell. Cuando volví de Malvinas fue bastante tremendo porque veía a los viejos y me agarraba una culpa enorme, me preguntaba "¿Por qué yo estoy acá y el no?". Una de las causas por las que me fui de City Bell fue esa. Era que faltaba algo, una ausencia demasiado presente. A él lo conocía del barrio, no éramos amigos, pero sí conocidos.

Cuando te convocaron para ir a Malvinas ¿qué significaba para vos la frase "Las Malvinas son argentinas"?

Nada, yo no soy para nada nacionalista. Sí me acuerdo de que en el Regimiento 7 hicieron una misa antes de irnos y recuerdo que un padre, que podría haber sido el mío, gritó "Viva la patria". Y para mí fue un golpe terrible. O sea: era un "Viva la patria, mueran los hijos". Es así, hay un libro de Arnaldo Rascovsky que habla sobre esto, se llama *La universalidad del filicidio*. Dice que el filicidio se remonta al mito griego de Kronos, cuando éste se comía a sus hijos porque sabía que en algún momento le iban a ocupar su lugar. La guerra es el filicidio porque los que van a la guerra son los hijos.

¿Salieron del Regimiento 7 rumbo a Malvinas?

De ahí, fuimos al Palomar en unos micros, luego tomamos el avión a Río Gallegos -Aerolíneas Argentinas, pero sin asientos- y después un Hércules; ahí nos enteramos de que íbamos a Malvinas. El momento de ver Malvinas fue lindo porque nos parecía que no iba a pasar nada. Cuando llegamos, tuvimos que caminar un largo trecho con los bolsones. Me acuerdo de que llovía... Hasta que no pasó el primer bombazo el 1° de mayo, a mí me parecía que la cosa se iba a arreglar. Era una forma de estar tranquilo.

Y vos, en ese momento, ¿creías que tenías conocimientos militares para estar en una guerra?

Entrenados estábamos. No sé si para una guerra, pero físicamente estábamos superbién. Tuvimos un montón de instrucción, una es la que se solía hacer en San Miguel del Monte y otra en el Parque Pereyra Iraola. Después fuimos a General Acha, en La Pampa, y después hicimos algunas operaciones con helicópteros, o sea que había cierta instrucción. Igualmente, preparado para la guerra no estás nunca. No sos un profesional. Estábamos para defendernos un poco, pero para lo que mejor estábamos preparados era para correr. La última noche corrimos mucho, la cosa pasaba por estar atentos a los bombazos, levantarte cuando no oías nada, después tirarte, después levantarte y así largo rato. ¡Si lo hago ahora, no duro ni cien metros! Me acuerdo de que cuando volvimos de Malvinas, jugaba al fútbol y, aunque no era muy bueno como jugador, lo que corría era terrible. No había nadie que corriera como yo, estaba en todos lados al mismo tiempo.

¿En qué lugar estuviste de Malvinas?

En Wireless Ridge. Nosotros estábamos más atrás que la compañía A, como en una tercera sección. Éramos parte de la compañía A, pero estábamos más atrás. O sea, que dentro de todo no nos agarró fuerte el frente que atacó ahí porque nos agarraron por el costado. La última noche comenzaron a bombardearnos. No podíamos hacer nada porque estábamos encerrados, imposible escapar. Teníamos que salir por el frente que era donde estaban atacando más, así que fue bastante complicado. En nuestra sección éramos alrededor de 30. Era quedarse ahí a que te reviente un bombazo porque no podíamos hacer nada con los fusiles. El subteniente nuestro -que era un cagón y no quería replegarse porque tenía miedo de que después el teniente coronel lo retara a él- me mandó a mí que, en ese entonces, era el correo, el estafeta, a que le preguntara al teniente coronel qué debía hacer. No había teléfono porque habían cortado los cables. Entonces me mandó al pleno infierno. Yo iba caminando por arriba de la montaña, era de noche, y miraba el quilombo que había, en un momento me di cuenta de que me estaban tirando a mí, veía las balas de la ametralladora. Ahí bajé y fui por el otro lado de la montaña. Quise llegar, pero no pude, porque las balas me pasaban muy cerca y yo pensé: "No sigo; si no, acá me matan". Entonces volví, le dije que no se podía llegar, que era imposible y me contestó que era un cagón. Y entonces le ordenó a Oviedo, el radioperador, que me acompañara. Yo decía "Esta vez voy a llegar" pero gracias a Oviedo, que me dijo "Gustavo, estás en pedo", volvimos. Él agarró la radio, que no funcionaba porque se había quedado sin pilas, y la rompió contra una piedra y nos volvimos. Y de nuevo: "Manga de cagones". Después, el subteniente se subió a la montañita y cuando vio el quilombo, dijo: "Tenían razón, che". Entonces ahí, un suboficial de artillería, un tipo con un poco de coherencia, dijo: "Nos vamos, muchachos" y nos fuimos todos con él. Salimos por un costado, nos caían los bombazos a 50 metros y por todos lados veías pedazos de cosas, no se podía avanzar porque tiraban bengalas y teníamos que arrojarlos al piso. Esperabas y cuando te parecía que había caído la última bengala, aparecía

otra. Tenías que quedarte en medio de las balas y los bombazos. De nosotros no murió nadie, pero había que aguantarse las bombas. Íbamos por debajo de la montaña, por una playa y caminábamos casi por el agua; hacía mucho frío para mojarse pero yo igual tuve que meterme en un charco de agua. Cuando quise cargar el fusil estaba lleno de agua, ya no servía para nada. Me acuerdo de que el subteniente que nos mandaba al muere, nos decía: "Yo tengo hijos". Lo repetía y lloraba. Y entonces le contestábamos: "¿Y nosotros? ¿qué mierda somos?".

¿Recibiste cartas estando en las islas?

Algunas llegaban. Pero cuando se armó el lío más grande, dejamos de recibir cosas. A mí me llegó solo una encomienda. Después, cuando estuvimos presos en el correo, pude recuperar varias cosas, ahí encontré varias encomiendas. Nosotros no teníamos para comer y en las encomiendas había comida, pero no te las subían. Yo le escribía a mi familia pero no les contaba la verdad, trataba de que no se preocuparan, les ponía algo más nacionalista o decía: "Acá no pasa nada". Además, sabíamos que para que las cartas llegaran teníamos que escribir una cosa medio lavada.

SOBRE SUS ESCRITOS Y SOLDADOS

¿Por qué esperaste tantos años para escribir un libro acerca de tu experiencia en Malvinas?

En mi primer libro, ya había escrito algo. De todos modos, al principio yo me planteé no escribir sobre Malvinas porque quería primero ser poeta y, en todo caso, después ex combatiente. A mí me molesta, en cierto sentido, que me digan que soy un poeta ex combatiente: yo soy un poeta, lo de ex combatiente es un accidente. Lo que pasa es que eso tiene mucha fuerza para la gente y el tema pega mucho. He estado en Rosario leyendo mis poemas y cuando leo los de **Soldados**, la gente

se queda impactada. Vienen a hablarme y tengo la sensación de que se acercan más porque soy ex combatiente que porque soy poeta. Por otro lado, sentía que no estaba preparado para decir lo que tenía para decir sobre la guerra. Con el tiempo, uno se pudre de hablar de Malvinas, ya hablaste tantas veces, que es como que si tuvieras puesto un casete, en el que te repetís y te repetís. Un día me lo planteé y dije: "¿Y si escribo un libro y ya no hablo más?". Todas las historias que tengo y que cuento las pasé a los poemas. Además, creo que era una necesidad sacarme todo esto porque había cosas que nunca terminaba de decir. Y la poesía es eso: la expresión justa para aquello que no podés decir.

¿Por qué le pusiste como título **Soldados**?

De haber sabido que había una revista militar que se llamaba **Soldados**, le habría puesto otro nombre. Pero cuando lo pensé fue un poco por el libro **Cuentos de soldados** de Ambrose Bierce. Quería que fuera algo simple y que no dijera la palabra Malvinas. **Soldados** me pareció algo simple, y en los poemas nombro a muchos soldados. Además, los soldados somos nosotros y es una forma de disputar esa palabra.

En los poemas, al momento de contar tu experiencia en Malvinas, ponés el acento en la relación con tus compañeros y en la vida en la trinchera. ¿Por qué?

Dentro de todo, la vida en la trinchera era bastante buena. Hubo un par de episodios, pero como en todos lados, hay gente que reacciona de una manera y gente que reacciona de otra. La única encomienda que me llegó, la repartí entre todos. Me la habían mandado mis compañeros de trabajo, en realidad me mandaron como 14 pero solo me llegó una. Algunos hacían esto mismo y otros no, conseguían cosas pero no las repartían. Cuando atacaron la compañía B fue porque el que estaba haciendo guardia se había quedado dormido. Nosotros también dormíamos, pero no cuando había que hacer guardia. Uno hacía guardia y después tenía que despertar al que le seguía, y a veces se cortaba la cadena porque

alguien no despertaba al siguiente. Una vez –yo que soy medio obsesivo con eso y me gusta cumplir– cuando me tocó despertar al compañero que me sucedía, él no se levantaba y entonces yo no podía irme a dormir. Al rato volvía, lo quería despertar pero no podía, hasta que en un momento me harté, cargué el fusil y le dije: “Salí ya porque si no te reviento acá mismo, hijo de puta; yo estuve de guardia mientras vos dormías y ahora me toca dormir a mí”. Ahí se restableció la guardia y yo me puse a llorar, me puse mal por la locura que habría podido hacer. Esa situación me sacó. Eso fue lo único que recuerdo como malo. Después, el trato cotidiano era bueno: tomar mate, ver pasar aviones, escuchar la radio –Radio Provincia y Continental–, ver cómo caían los bombazos, a lo que con el tiempo, te acostumbrabas porque se volvía algo cotidiano. En fin, dentro de todo tratábamos de vivir lo mejor posible.

LOS AÑOS OCHENTA, MALVINAS Y EL CONTEXTO

El libro está notoriamente marcado por el clima cultural de la década del ochenta, del regreso de la democracia. ¿Cómo se vivía ese clima en la ciudad de La Plata?

Ese momento coincidió con que yo empezaba a ir a los talleres literarios, consumía abundantes lecturas y de las buenas. En los talleres había mucha gente interesante, cada taller te daba herramientas, te enseñaba a escribir, a construir un poema. Ahí nos decían “Vos tenés que leer esto”. Era un clima hermoso, en el 83, cuando llega la democracia, se veía que había muchas ganas de hacer cosas, había jóvenes con ganas de hacer cosas nuevas. Era una época en la que, cuando no estaba en el trabajo, estaba en un bar, leyendo o escribiendo. Ahí entablé relaciones con gente de diferentes ámbitos de la cultura. Organizábamos espectáculos y me acuerdo de que, cuando hicimos el primero, fue justo en el momento del levantamiento Carapintada; y dudábamos si hacerlo o no, pero finalmen-

te lo presentamos. Fue una época muy linda y que ahora se añora. El paso del neoliberalismo y de Menem le hizo bastante mal a la educación, a la gente...

La Plata es una ciudad muy musical, cuna de bandas muy conocidas (Virus, Los Redonditos de Ricota, entre otras) y de otras más chicas pero muy significativas. ¿Esa presencia musical fue una influencia en tu escritura?

Yo no soy un culto en cuanto a la música. Escuché, como todo el mundo, temas de rock nacional pero no soy un erudito, no sé casi nada de música. No solía ir a recitales, como otros de mi generación. Me parece que un poco por la cultura que había en mi casa y otro poco porque era bastante paisano. City Bell no era lo que es ahora, era más campo. Yo era más de andar metiéndome en quintas y robando naranjas que metido en la cultura. No estaba en ninguna cultura, sino en cosas simples. Ahora me junto con poetas amigos y se ponen a hablar y dicen: “¿Te acordás del recital del flaco Spinetta?”, y yo eso no lo viví. En realidad me llegó un poquito tarde, cuando entré a Bellas Artes. Ahí sí se me despertó todo eso, porque me encontré con otra gente y con las tapas de los discos de Deep Purple, Génesis, Yes... Era un mundo nuevo para mí. En mi casa lo que sí se escuchaba, me acuerdo, era Serrat. Eso era lo único más o menos pasable. Pero en el libro aparecen otros músicos Charly (García), por ejemplo, por el tema *No bombardeen Buenos Aires*. Lo elegí como para establecer un ícono, para mostrar lo que estaba pasando con la música en ese momento y desarrollar una idea a partir de eso. Después está mencionado el tema de Spinetta, *Cantatas de puentes amarillos*. Lo elegí porque cuando –previo a Malvinas– nos juntábamos en las peñas con mi amigo el Sapo, el soldado Martínez del poema, él siempre decía: “El día que me muera quiero que me pasen *Cantatas de puentes amarillos*” y yo me acordé de eso. Establecí un vínculo entre esa frase y lo que le pasó a él, que quedó sordo de un oído. También aparece *Let it be* (The Beatles) en un poema donde cuento algo cierto, algo que pasó tal cual está dicho ahí.

LA COCINA DE LA ESCRITURA

En la escuela es difícil explicarle a un estudiante qué significa reescribir un texto, qué implica volver una y otra vez sobre el mismo texto hasta que adquiere una forma bella, eficaz. ¿A vos te costó aprender a reescribir, autocriticarte y buscar la palabra justa?

Al principio te resistís, como con todo. Pero cuando entrás en razón, te das cuenta de cómo es el proceso. El hecho de escribir pasa más por no decir que por decir. A veces el silencio es más importante para el lector que lo que realmente tenés para decir. Las palabras no tienen que decir algo literal, tienen que decir otra cosa. Ahora, esa otra cosa, ni yo ni el lector tenemos que saber qué es. Ahí está la historia de la poesía para mí. Decir lo que tenés en las tripas pero de una manera diferente. Como cuando pintás o cuando hacés música, que no empleás palabras. Acá tenés que emplear palabras pero despojadas del sentido literal. Como si fueran colores o música. Ese es, por lo menos, el concepto que yo tengo para escribir.

En su prólogo, Martín Raninqueo se detiene a elogiar los remates de tus poemas, las últimas frases que sorprenden o conmueven. ¿Cómo fue aprender eso?

Me parece que la clave es siempre la misma: sacar más que poner. Después, lo otro es una especie de música interna que te permite desparramar la idea de cierta manera. Y que de repente no es deliberado, sino que sale. Yo no estoy pensando en el final cuando empiezo a escribir. El final es un producto, es como una fórmula, se va desarrollando todo el poema y después surge ese final. No es algo deliberado.

En algunos poemas te permitís hacer algunos chistes. Da la impresión de que, aunque estés hablando de un tema terrible, no querés dar lástima ni generar compasión...

No me interesa dar lástima. Hay algunos reportajes a ex combatientes que se ven en la tele que a mí me dan vergüenza ajena. Los veo y siento que se detuvieron en aquellos años, que su rumbo es solo Malvinas y que su vida es ser un ex combatiente. Me parece que uno tiene que seguir la vida, experimentar con otras cosas y no quedar con la cabeza siempre ahí. Cuando yo cuento las cosas, las cuento como me parece que fueron, y salen de una manera natural. Sin lugar para la lástima.

¿Leés tus poemas en voz alta?

Sí, muchas veces. Y me pasan cosas muy buenas porque con la poesía hay un prejuicio, muchos creen que es un plumazo. Cuando leo en las escuelas o en encuentros es impresionante cómo se quedan los chicos. Me parece que hay una necesidad de poesía. Lo que creo que pasa es que a las grandes editoriales no les importa editar poesías. Y eso de que la poesía no vende es un verso, vendería igual que cualquier otro libro, lo que pasa es que no se arriesgan.

¿Por qué en los poemas decidiste no usar ni comas, ni puntos?

Porque ya no son necesarios para mí, aunque en el libro anterior sí los usaba y en *Lo más lejano*, mi segundo libro, mi escritura está todo puntuada. Pero me siento más cómodo si no los uso. Me parece que con el verso se maneja un ritmo que no necesita de la puntuación.

¿Quién es la maestra Inés French, que mencionás en uno de los poemas?

Era mi abuela. Ella se quedó en Esquel, así que no tuve mucho contacto con ella. Me mandaba encomiendas para mis cumpleaños. Cuando yo tenía cinco años me acuerdo de que me mandó unos pulóveres Bariloche y chocolates. Según mi vieja, ella era inglesa, pero después hablando con otra tía mía me di cuenta de que no era así. Su mamá era escocesa y su papá inglés. Fue una de las primeras maestras que se instaló para enseñar en el Sur.

VOLVER

En un tramo de la entrevista contaste que un padre había gritado "Viva la patria", durante la misa que se brindó en el Regimiento 7 antes de que fueras a Malvinas. Cuando volviste ¿tu familia te vio como un héroe de guerra?

Sí, tienen algo de eso. No sé si me dan tanta bola pero me escuchan o cuando digo algo me contestan "No, claro, vos por lo que pasaste" porque parece que mi palabra tuviera otro peso. Ojo, después muchas veces hacen lo que les parece... El resto de la sociedad donde yo me movía me siguió tratando igual, yo tenía mi laburo, seguí trabajando, los mismos compañeros. En ese sentido no me pasó lo que a otros chicos, a quienes les costó más. Yo me habré tomado un mes, pero después me puse a laburar. Cuando volvimos, me estaban esperando en City Bell mis tíos y toda mi familia. Había un montón de manjares en la mesa, habían comprado todo en una rotisería de City Bell que tenía las mejores cosas. Me acuerdo de que había una gran mesa, un banquete pero yo no pude comer, no podía y eso que cuando estaba en Malvinas pensaba "Cuando vuelva a mi casa, me voy a comer todo". Pero no pude comer nada. Era el suplicio de Tántalo. Me fui a dormir y me quedé unos días en la cama, no me quería mover. Me acuerdo de eso: tanto tiempo esperando por la comida y cuando la tenía, no pude... Creo que fue algo inconsciente, no sé, yo quería comer pero no podía.

Uno de los ejes del programa "Educación y Memoria" está vinculado a cómo la escuela le transmite el pasado reciente a las nuevas generaciones. Desearíamos que nos contaras cómo hablaste vos con tus hijos acerca de tu experiencia en Malvinas.

Sólo he hablado cuando ellos me preguntaron, nunca antes. Nunca puse sobre la mesa el tema Malvinas. Ahora que son más grandes, les picó el bichito de la curiosidad y me preguntan, pero como pregunta todo el mundo y ahí les respondo. Pero nunca los formé como hijos de ex combatiente, como ha pasado

en muchos casos. No quiero que sean abanderados del tema. Me parece que es meterles a los chicos una cosa demasiado pesada... Prefiero mantenerlos alejados del tema pero cuando me preguntan, por supuesto que les contesto. El tema tiene que ser transmitido, sobre todo para que no pase de nuevo. Ahora, a mí no me interesa el nacionalismo, o sea, a mí que las Malvinas sean argentinas o no sean argentinas no me interesa. Desconfío de esa cosa patrioteria; si se venden todas las empresas, ¿cuál es la soberanía? ¿Qué es la soberanía? Yo soy totalmente escéptico. Así que en ese sentido, soy un ex combatiente atípico. ¿Qué significa decir "es nuestro?". Es solo un nombre. Yo me pregunto ¿qué es lo tuyo? Acá nada es de nadie. Aunque eso no quiere decir que no esté en contra del colonialismo.

¿Te gustaría volver a Malvinas?

Sí, porque es una historia que, como dice todo el mundo, tiene que cerrar. Nosotros cuando estábamos en las islas, decíamos: "Ya vamos a volver, nos vamos a mamar acá, nos vamos a cagar de risa". Y más que nada, uno quiere volver para eso, para ver las cosas desde otro punto de vista, y ver qué pasa después de tantos años, si te podés o no traer algo de allá. Me parece que es algo que uno se debe. Más como un deber que como un deseo. Yo tengo la sensación de que la tierra no nos pertenece, nada es nuestro. En todo caso, nosotros pertenecemos a la tierra. Lo único nuestro, que nadie puede quitarnos, es la propia muerte, como diría Heidegger.

En la dedicatoria del libro, escribiste "Por la Memoria". ¿Qué es para vos la memoria?

Este libro es mi aporte para que no se olvide lo que pasó, y es un aporte dicho de determinada manera. No de un modo nacionalista ni vendiendo un imancito con las Malvinas, sino desde un hecho artístico. La memoria queda más a través del arte que en un libro de historia. Y cuando digo "memoria" pienso en lo más obvio de todo: lo hice por mis compañeros. En realidad, me salió por mis compañeros.

Impreso en Gráfica Pinter S.A.
México 1352/55 (C1097ABB) - CABA
Buenos Aires



Ministerio de
Educación
Presidencia de la Nación

